

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

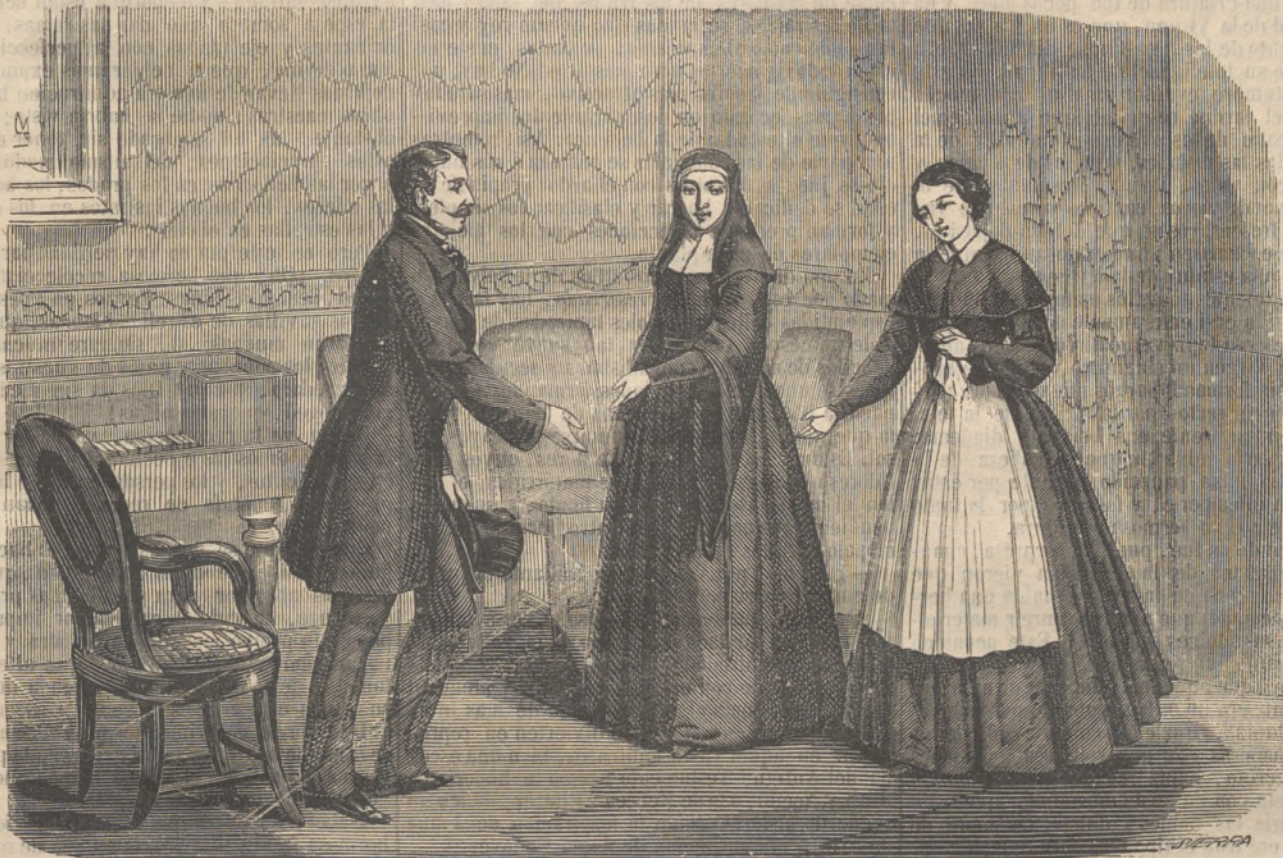
PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses. 8 reales.
Seis meses. 15 »
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bally-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 41.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Tres meses. 12 reales.
Seis meses. 21 »
Un año. 38 »



Hé aquí al protector, al amigo verdadero que vuestro padre os dejó; será para vos otro padre. (Pág. 309, columna 3.ª)

PRECIOSA.

LEYENDA

POR J. T. DE SAINT-GERMAIN,

AUTOR DE LA LEYENDA DEL ALFILER.

« Hemos visto el egoísmo que mata : hé aquí el amor que salva. »

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. RAFAEL MEJIA.

(Continuacion.— Véase el n.º 19).

Así es que cuando la veían solitaria al pié de los árboles amasando la tierra mojada, no quedaba duda alguna de los esfuerzos que hacía para perfeccionar sus ensayos. Algunas violentas tempestades dejaron como aluvion entre una calle de árboles bastante baja, una especie de tierra pegajosa y blanda muy favorable para sus designios, y ella la había recogido como un material pre-

cioso: hé aquí la causa del desarreglo y suciedad que se notaban en su persona.

Pero para obligarla a hacer esta confesion, fué necesario nada menos que la confianza que la inspiró la tierna mirada y la cariñosa voz de Preciosa, junto con el deseo de justificarse ante su dulce madre y obtener su perdon. Por lo tanto, continuaba de rodillas á sus piés, besaba sus manos y la suplicaba la perdonase por medio de las tiernas miradas de sus ojos; y despues, llevándose un dedo á los labios, la rogó que á nadie hablase de aquella confidencia que había tenido.

Preciosa era demasiado feliz en aquel momento: levantó á Graziella y la abrazó tiernamente sin hacer ya caso de sus manos llenas de tierra ni de su cara embadurnada.

—Querida niña, la dijo enteramente conmovida: ¿amabas mucho á tu buen padre? ¡Y yo tambien lo he perdido todo, todo! Somos, pues, dos criaturas abandonadas, y debemos querernos mucho. ¿Con que es verdad que has querido ensayar con tu mano inesperta lo que veias hacer á tu padre para tener el gusto de pensar siempre en él? ¡Oh qué buena inspiracion! Prosigue en

ella con ánimo, yo te ayudaré. ¿Por qué no me lo has dicho antes, picarilla?

Y la abrazó de nuevo: despues examinó con mas cuidado las figuritas que tenia delante, y no pudo menos de admirarse al considerar lo que puede hacer la voluntad, y aun mas el corazon, aun cuando se encuentren casi sin recursos.

Desde entonces la mudita, á quien ahogaba su secreto, se llenó de alegría al ver las escitaciones con que diariamente la animaba su querida confidente, á quien demostró su reconocimiento con mil actos de ternura.

Preciosa por su parte sabia la triste historia de Graziella, y no pocas veces preocupaba su imaginacion el porvenir de aquella niña que la desgracia había unido á su destino y á quien de ninguna manera queria abandonar, pareciéndola que la Providencia se la había confiado. Despues de lo que pudo observar, no le quedó duda de la estremada facilidad y verdadera vocacion para el arte que había en aquella niña, y vió con grande alegría el medio de proporcionarla ocupaciones útiles á que pudiera entregarse, á pesar de su desgraciada enfermedad.

Por esto mismo, Preciosa que dibujaba con bastante gusto empezó a darla lecciones de dibujo, la procuró cera para modelar, barro de alfarero, desbastadores de varias clases y modelitos de barro cocido para copiar: obtuvo de la bondadosa superiora, que se prestó a sus designios con todo su corazón, que Graziella pudiese establecer su pequeño taller en una cochera abandonada que había en el patio de los plátanos.

Desde entonces cambió enteramente Graziella: jamás tuvo aquel aire de abatimiento y nunca volvió a ensuciarse las manos, sirviéndose con destreza de sus desbastadores para dar todas las formas que quería a aquella preciosa tierra amarilla de que tuvieron buen cuidado que nunca faltase; su pequeña figura era bastante graciosa por sí, y la felicidad que disfrutaba contribuía a realizar más su belleza: su reconocimiento hacía su joven madre rayaba casi en adoración.

Aun cuando sus únicos maestros eran la naturaleza y su ardiente voluntad, hizo progresos increíbles en una criatura de tan pocos años, y en la festividad de la Virgen, que es un día notable en el convento de las Agustinas, dió una prueba palpable de su inteligencia y habilidad. En este día era costumbre levantar un altar con mucho adorno en el jardín reservado que había en el fondo del patio de los plátanos; y al salir de la capilla, todas las alumnas, vestidas de blanco y cubiertas con velos, iban procesionalmente al jardín entonando varios cánticos y llevando ramilletes de frescas rosas, que debían depositar, de suerte que formasen una hermosa pirámide a los pies de una estatua de la Virgen.

Por consiguiente, todos los matorrales del bosque habían sido casi enteramente despojados para formar un espeso tapiz verde alrededor del altar; se puso a la Virgen un magnífico vestido de brocado que caía formando largos pliegues, los cuales permanecían rectos por la rigidez de la tela, y además en su frente una brillante diadema; pero es necesario advertir que la cabeza de la Virgen María había padecido bastante por estar siempre a la intemperie, y formaba por lo tanto un contraste con su hermosa vestidura.

¡Cuán grande no fué, pues, la sorpresa, cuando en la mañana de la Asunción vieron que debajo de la corona de la Virgen había una hermosa cara de ángel que parecía sonreír materialmente con sus dulces miradas! Este acontecimiento produjo tal sensación, que la anciana tornera creyó que aquello había sido un milagro; y ciertamente era un milagro obrado por la amistad y la voluntad. Graziella, con la ayuda de algunas compañeras y de una religiosa a quienes confió su secreto, había reemplazado la cabeza descompuesta con un busto encantador que traía a la memoria las nobles y dulces facciones de Preciosa: era esta el tipo más puro que su corazón la designó para representar la santa Virgen. Aunque en verdad la obra tuviese algunos defectos, no podía negarse que la expresión del rostro tenía una feliz y acertada ejecución, y todo parecía predecir que Graziella con sus esfuerzos y continuos progresos sería una artista eminente.

Quando ha pasado esta hermosa fiesta de la Virgen, protectora de las alumnas, disminuyen los estudios, y a veces se suspenden por completo, es decir, llega el tiempo de vacaciones, y por consiguiente de los grandes paseos en las partes más solitarias del hermoso bosque.

¡Con que loco ardor penetran y se pierden en los intrincados laberintos de los grandes bosques la tierna infancia y aun la misma juventud! ¿Os acordáis de lo que allí sucede? ¿No parece en verdad que las niñas toman posesión de su imperio? ¡Si, suyos son el cielo y la tierra, suya la fresca brisa que pasa acariciándolas, suyas, en fin, las frondosas yerbas, los espesos matorrales, las hermosas flores! Los musgos las invitan con su hermoso color; los pajarillos las llaman con sus armoniosos cánticos: ¿a donde se dirigirán? ¡Cuántos descubrimientos, cuántos gritos de alegría, cuántas locas carreras y sendas preferidas para correr, que después abandonan y luego vuelven a adoptar! ¡Cuántas persecuciones detrás de las pintadas mariposas que consiguen al fin dejar burlados sus esfuerzos! ¡Qué hermosos escara-

bajos dorados reposan entre las flores de los agabanzos! No turbeis, oh niñas, su reposo, porque están en su habitación. — ¡Qué hermosos son los estensos bosques cuando la presencia de las niñas les presta nueva animación! ¡Qué bellas son las niñas cuando en sus juegos se estienden por los estensos bosques!

Ved aquí un grupo que va a herborizar, provista cada una de su herbario, y bajo la dirección de una hábil religiosa, que las enseña a reconocer los simples. Desde el roble hasta el hisopo, cada árbol y aun cada planta tiene su virtud particular; y ¡cuánto más abundantes y preciosos no son los tesoros que encierran las selvas comparados con los que se ocultan en las entrañas de la tierra, puesto que la pasión por el oro acarrea algunas veces la muerte, al paso que las plantas sirven con frecuencia para salvar la vida!

Aquel que conociese todas las propiedades de las plantas, que supiera todo lo que puede sacarse de las flores, de los frutos, del tallo y hasta de las raíces, sería más rico que un rey y casi tan sabio como Dios mismo; ¡cuántos misterios están todavía ocultos para nosotros! No hay, por consiguiente, recreo más atractivo, más saludable y más fecundo en descubrimientos imprevistos, que el estudio de la botánica. Así, mientras una parte de las colegialas se entrega a sus bulliciosos juegos, las otras con el ardor propio de su edad se dedican a buscar y clasificar los simples, y forman preciosas colecciones con los mejores ejemplares de cada planta.

En uno de los más bellos sitios de la selva, llamado por esta razón lo reservado, hay largas y espléndidas calles de árboles tapizadas de musgo y de un césped tan fino y tan suave como los cabellos de un niño; elevadísimos y seculares árboles se unen de ambos lados formando una espaciosa bóveda ó galería llena de frescura, y en la que apenas logran introducirse los rayos del sol. Es un verdadero teatro de flores, cuyos bastidores al natural son espesos matorrales, el telón el misterioso vapor de su fondo, y su suave pendiente es como un anfiteatro forrado de terciopelo para los espectadores.

— ¿No ois, por ventura, su brillante orquesta de curruacas y ruiseñores?

¡Qué espectáculo tan delicioso el ver a la grave superiora sentada en medio de las religiosas, teniendo a su alrededor en varios grupos a sus discípulas, que con el mayor silencio y atención están viendo cómo algunas jóvenes de más inteligencia ó más ejercitadas se divierten en representar en aquel vasto anfiteatro, bien una escena del Antiguo Testamento, como la historia de Ruth y Noemí, ó la de Rebeca y Eliezer, ó bien un recuerdo histórico como la inspiración de Juana de Arc, ó la abnegación de Santa Genoveva!

La buena superiora, dotada de un espíritu de justicia y de rectitud no comunes, se complacía en ver, bien en el retiro del convento, bien en las profundidades del bosque, el desarrollo y esfuerzos de aquellas jóvenes inteligencias, que sin trajes a propósito ni costumbre de salir a la escena, representaban un asunto trazado de antemano. Creía que esos inocentes ensayos eran sumamente adecuados para obligar a las niñas a darse cuenta del pensamiento, a condensarlo, si así puede decirse, en pocas palabras, y a expresarlo con claridad; y para que descansasen de sus bulliciosos juegos, gustaba de verlas reproducir situaciones pastoriles llenas de sencillez, tales como las que Pablo y Virginia ensayaban bajo los bananeros delante de la señora de la Tour y Margarita.

Preciosa sobresalía en aquellas improvisaciones, no solo por su instrucción, sino más bien por su naturalidad y sencillez. La timidez proviene generalmente del excesivo amor propio y del exagerado deseo de producir un grande efecto; pero la encantadora Preciosa, cuando tenía que representar algún papel, se ponía simplemente en lugar del personaje propio, y le hacía que hablase y obrase del mismo modo que él lo hubiera hecho en las circunstancias en que se encontraba; así es que Preciosa en estos casos llegaba hasta a identificarse con su personaje, y se conmovía por

los mismos sentimientos que este debió experimentar. Hé aquí la causa aparente de que todas quedasen admiradas de la impresión que producían sus palabras y actitudes enteramente naturales; pero el verdadero secreto consistía únicamente en que ella misma se conmovía también.

Recordamos en este momento haberla visto representar una interesante escena en la que se revelaba toda su disposición: el teatro parecía hecho a propósito y reunía todos los accesorios: se puso en escena el *Milagro de las rosas*.

Para ejecutar este sencillo asunto, que divertía siempre a las niñas, era necesario, desde luego, poner en campaña a toda la alegre banda. Había llegado la época de la cosecha de los agabanzos, y son tan generosos los matorrales! A cada vuelta que se da en ellos las pequeñas rosas nos convidan con su vista encantadora, y sin embargo, ¡cuántas de estas hermosas estrellitas blancas, ó rosadas, ó de color de jaspé, pasarán desapercibidas a nuestra vista, sin que nunca las hayamos mirado! Y es porque están ocultas bajo la espesa sombra que dan las ramas, pero tan brillantes y ejecutadas con tal perfección por la mano divina, que si debiéramos examinarlas y dejarnos llevar de nuestra admiración hacia esas obras maestras, nadie las habría visto; Dios, no obstante, las ha sembrado sin tener en cuenta estas apreciaciones, del mismo modo que hace nacer las belloritas en los prados, los acianos en las mieses, los buenos instintos en los corazones y las estrellas en el cielo.

Pero en este día no hay perdón para los agabanzos. ¡Oh, qué hermosa recolección! Coged, coged, hermosas niñas: lleváos en vuestros brazos las gavillas de estrellas blancas, que todavía quedarán muchas; si, siempre muchas, como también las sonrisas y besos de vuestras madres; aun quedará, porque Dios da sin medida. ¡Coged, coged, queridas niñas!

Hecha ya la recolección, va a dar principio la pieza: todos los espectadores están colocados en sus asientos, y los personajes entre los verdes bastidores, cuando de repente suenan tres palmadas.

Creemos que se nos dispensará el hacer un ligero análisis de la pieza en cuestión, que procuraremos abreviar para llegar más pronto a su desenlace, dejando a cada actor improvisar su papel sin pretensiones, a su manera y según su inspiración, si bien tendremos que alterar algún tanto el texto de la dorada leyenda de que trae su origen esta graciosa y sencilla escena.

Descúbrese en primer término a Santa Isabel, seguida de sus criadas distribuyendo pan y vestidos a los pobres, al mismo tiempo que les dirige palabras llenas de consuelo.

Isabel no es otra que la dulce Preciosa, cuya hermosa frente adorna una corona de rosas. Graziella, su paje, sostiene la cola de su manto. Los pobres y enfermos, a quienes ha socorrido, se retiran colmados de bendiciones.

En el mismo instante aparece su augusto esposo, representado por una joven ya crecida que se adelanta con paso firme, llevando en su cabeza, por todo adorno, una rama de ciprés, y cuya potente espada es una varilla de avellano. El Landgrave habla en tono imperioso y reprende a Isabel por sus prodigalidades; se queja de ver desaparecer todos sus bienes, y la ordena que en adelante a nadie socorra sin pedirle autorización.

Isabel, con voz suplicante, aboga con calor por la causa del infortunio; pero su inflexible esposo reitera sus órdenes por toda contestación. Entonces Isabel, que ha quedado sola, deplora la cruel severidad del Landgrave, y suplica fervorosamente a Dios se digno concederle sentimientos más benévolos.

Entre tanto una de sus criadas viene a informarla de que delante de la puerta del castillo, se agita, pidiendo pan, una porción de pobres que están para morir de hambre por haberles destruido su pueblo un voraz incendio.

— ¡Dios mío! esclama Isabel, vos sois, Señor, quien me los envía, y ciertamente no es vuestra voluntad que por falta de socorro les dejé perecer a la puerta de un castillo en el que reina la

abundancia. Tal vez me perdonaréis el desobedecer de nuevo á mi esposo; pero yo le probaré mi sumision en cualquier otra circunstancia, y aun me privaré de lo mas necesario para compensar esta liberalidad.

Despues de esta súplica, manda á su paje que traiga una gran cantidad de pan, y que con la mayor destreza reúna todo lo que pueda encontrar en el castillo. Al momento se pone en ejecucion esta órden, é Isabel ve á sus piés todo el pan, que es el que dan á las alumnas para la merienda.

Entonces, á vista de todos, llena de él la falda de su manto, y ordena á sus criadas que oculten bajo sus vestidos todo lo que puedan; dirige nuevamente una súplica al Señor, y pasando por detrás de un espejo enramado que hay á un lado del teatro, mira con mucha precaucion si la observan, y se dispone á salir mandando á sus criadas que la sigan, para poder socorrer inmediatamente á aquellos pobres afligidos.

Entonces es cuando se presenta de nuevo el terrible Landgrave.

—¡Deteneos, esposa rebelde! la grita. Sé que todavía teneis el atrevimiento de querer desobedecer, y mas aun, menospreciar mis órdenes. La caridad es el falso pretexto que os sirve para faltar al primero de todos vuestros deberes; pero temed mi resentimiento si habeis osado desobedecerme.

Terror general: las criadas permanecen inmóviles y silenciosas.

—¿Qué llevais ahí en vuestra falda? preguntó con severa voz el Landgrave dirigiéndose á una que parecia mas cargada que las otras.

—Monseñor, replicó ella con gran turbacion, y despues de consultar la mirada de Isabel, llevo rosas que hemos cogido para hacer perfumes.

—Veamos, pues, esas hermosas rosas, replicó con ironia el Landgrave, sacudiendo rudamente la falda de la pobre criada.

Y los floridos agabanzos caen en grande abundancia á sus piés. Entonces Isabel y todas las demás, aunque llenas de admiracion, despliegan, no sin temor, sus faldas, y la escena queda toda cubierta de flores como si hubiera nevado con mucha abundancia.

Al ver esto, el Landgrave se retira todo confuso, y Santa Isabel, que se creyó perdida, postrándose de rodillas con sus criadas, da gracias á Dios por la proteccion que la ha concedido obrando el *Milagro de las rosas*.

Ahora bien; el resultado está previsto, porque las mismas niñas han prestado su pan y cogido los agabanzos; por consiguiente no puede quedarlas duda de la sustitucion que ha tenido lugar al pasar detrás del enramado; y sin embargo, qué inmenso efecto se producía en aquel joven auditorio al ver que la hermosa y radiante Preciosa, dando gracias á Dios, quedaba cubierta hasta las rodillas, bajo una nube de blancas rosas: todas batian sus palmas y se consideraban dichosas de ver escapar de este modo á la generosa Isabel del furor del terrible Landgrave: el fin de esta bellissima escena era coger cada una su pedazo de pan y merendar.

Pero en este día, inspirada Preciosa por un sentimiento de su corazon, y habiendo hablado antes en voz baja con la superiora como para obtener su permiso, anunció que iba á obrar otro nuevo milagro.

Habia visto detrás de los árboles una familia errante y miserable, que la miraba con tristeza: bien pronto reapareció, llevando en su bata un pesado saco, del que rebosaban las rosas en gran cantidad, é hizo seña á la pobre mujer, que poco á poco se habia ido acercando á la calle de árboles, para que llegase hasta donde ella estaba. Entonces pudo notar que era una mujer joven de la Alsacia, y que parecia muy fatigada: llevaba encima un niño pequeño, otro la seguía con bastante trabajo agarrado á su vestido todo hecho pedazos, y dos niñas caminaban delante. ¡Cuánto no debían haber sufrido aquellas pobres gentes!

—Querida mia, ¿quereis rosas silvestres? preguntó Preciosa con su dulce voz, y abrazando con aire compasivo á la mayor.

—¡Oh, señora! replicó tristemente la pobre niña, cuyos cabellos eran tan rubios como las mieses sazoadas: hay muchas rosas en los caminos; pero mejor nos convendría un poco de pan. Nuestro padre está enfermo, nos queda bastante camino todavía por andar para reunirnos con él, y tenemos mucha hambre.

—Y bien, niña, respondió Preciosa, ¿por qué dudar de la Providencia? Soplad solamente sobre estas rosas.

La pobre niña, mirando á Preciosa con la confianza que inspiraba siempre su gracioso semblante, pero conservando aun sus restos de duda, sopló sobre su falda sonriéndose.

Entonces Preciosa soltó los anchos pliegues de su bata, y envueltos entre las rosas, cayeron á sus piés doce pedazos de pan con una bolsita, que contenía algunas monedas para ayudar á la desgraciada familia á continuar su camino.

Numerosos y mas entusiastas aplausos acogieron este nuevo milagro: la pobre mujer dió gracias con el mayor gozo á aquel ángel de bondad que la proporcionaba pan para el día, y además saludó á las religiosas y á todas las niñas, mostrándoles en alto á su hijito que sonreía: de este modo hallaba Preciosa el medio de descubrir los tesoros de su corazon, aun en medio de sus juegos.

XL.

EL PERDON.

Mauricio de Terrenoire, demasiado escrupuloso para que las preocupaciones de su corazon le hiciesen olvidar su deber, continuaba entregándose con ardor á sus acostumbrados trabajos. Dirigió al ministro el resultado de sus estudios en Toscana y en Lombardia, y recibió los mayores testimonios de satisfaccion, que hubieran lisonjeado su amor propio, si este sentimiento hubiese podido encontrar un lugar en su corazon enteramente ocupado en la suerte de otros. En el curso de su situacion actual, solo encontraba una débil esperanza de unir mas estrechamente su porvenir á aquella que ocupaba todos sus pensamientos. Le parecia entrever aquel día feliz en que terminados sus trabajos, podría volver á Francia con entera libertad, y consagrarse enteramente á velar por aquellos seres cuya proteccion le estaba confiada.

Esperando pues que llegase ese tiempo, solo se ocupaba de las noticias que recibía de Francia, por lo que era necesario que las sucesivas cartas de Mr. Renard fuesen cada vez mas circunstanciadas. El excelente al par que oficioso notario experimentaba una verdadera diversion en la parte tan activa que le cabía en esta pequeña novela, y sus esfuerzos iban todos encaminados á conducirla á un desenlace feliz. Como su casa de campo en Fourqueux caía muy cerca de San German, estaba al corriente de todas las noticias, de cuya verdad procuraba además enterarse por medio de frecuentes visitas, refiriendo despues en la correspondencia hasta los detalles mas insignificantes, y esto mismo le servía de agradable distraccion despues de los vulgares y prosaicos negocios de su estudio de notario.

En cuanto á Teresa, en todas sus cartas continuaba apellidándose Preciosa, porque á ejemplo de todas habia adoptado este nombre, que era un recuerdo de su orfandad. Este bonito nombre, tan dulce en su pronunciacion, hacía no pocas veces sonreír al austero Mauricio; se le recordaba siempre al tomar la pluma, en sus aridos y solitarios estudios, y tal vez hubiera podido oírse de sus labios mientras dormía. La hermosa figura de Preciosa constituía su bello ideal y formaba el incierto objeto de sus deseos, que aun visto confusamente, infundió siempre un valor generoso.

Habia además otra circunstancia, que le pareció tan providencial, y sobre todo tan conforme con sus mas caros deseos, que escitaba en él una grande emocióon el recordarla, llenando de atractivos todos sus pensamientos. Supo por las cartas de Mr. Renard (verdadero diario para el convento), que Preciosa habia llegado á ser la

jóven madre de Graziella, y que bajo la feliz influencia de su tierna amistad, se habia desarrollado en la mudita el gusto por la escultura. ¡Qué hermosos sueños pasaban á veces por su imaginacion en sus largas horas de soledad! ¡Cuanto se felicitaba entonces por haber salvado intacto el taller de Marx! Se figuraba ver ya á la dulce Preciosa llevando un día de la mano á la pobre niña al taller de su padre y asegurándole por este medio una existencia doblemente protegida, porque tal vez él tambien se encontraría allí: su imaginacion se perdía en estas seductoras perspectivas de lo desconocido.

Pero al fin llegó el caso de no poder ya guardar silencio por mucho tiempo, y quiso ir preparando á Preciosa para su regreso, si bien con el temor de no decir bastante, ó de decir tal vez demasiado: así es que escribió varias cartas que despues rompía, creyendo haber puesto muy en relieve sus sentimientos. ¿Por ventura le era lícito hablar de Preciosa? interesaria acaso á esta que hablase de sí mismo? En esta incertidumbre creyó que Graziella era un excelente pretexto para entablar correspondencia, y Preciosa recibió un día, por el intermedio de Mr. Renard y en presencia de la superiora, una carta fechada en Florencia.

La vista de semejante carta fué para Preciosa el suceso mas importante de su vida en el convento. La superiora vió el vivo color que tomaron sus mejillas; despues Preciosa se puso enteramente palida y se vió obligada á sentarse: no fué dueña de disimular aquella primera impresion; pero bien pronto recobró su serenidad.

—¿Qué cosa mas sencilla? dijo para sí, como dándose cuenta de lo que pasaba. El amigo á quien me recomendó mi padre, me escribe despues de un año para saber de mí, y tal vez para hablarme de negocios. Ninguna otra relacion existe entre nosotros: su silencio por otra parte me ha demostrado su completa indiferencia hacia mí, y todo constituye á separarnos mas y mas. ¿Por qué he de conmovirme con esta carta y no con las demás? y recobrando su sangre fria, abrió la carta y leyó las siguientes líneas:

«Mi querida prima Teresa: Espero que no atribuiréis á olvido ó indiferencia, el silencio que he guardado hacia vos. Si un sentimiento de respeto me imponía esta reserva, creed al menos, os lo suplico, que vuestro buen padre, al confiaros á mis cuidados, puso su confianza en un corazon sincero.

«He deplorado con vos la muerte de aquel que tan caro era para nosotros, y me he hecho la promesa de consagrar mi vida á reemplazarle; y aunque retenido aquí por el deber, no he cesado, y espero que vuestra amistad me permita esta espresion, no he cesado de ocuparme de vos. Un fiel amigo me ha informado de los sentimientos que experimentabais en la casa paterna, porque, aunque me halla á tanta distancia, continuo siempre velando por vos: así, por su medio y con el objeto de sustraeros á un martirio tan largo, he logrado, aunque indirectamente, inclinar la voluntad de vuestra madrastra hasta el punto de ser ella misma quien quiso conducirnos al convento, donde yo esperaba que fuérais dichosa. ¿Me perdonais ahora el haber dispuesto así de vos?

«Como siempre estoy al corriente de todo lo que os concierne, figuraos con qué alegría no habré sabido que érais cordialmente amada en ese seguro asilo. Preciosa, dejadme daros este dulce nombre por el que os conocen aquellos que os aman, nombre que os hará olvidar vuestros pasados sufrimientos; permitidme ser vuestro consejero, vuestro hermano, vuestro único apoyo. ¿Queréis además depositar en mi vuestra confianza, Preciosa? Tal vez encontremos en nuestros recuerdos días mas felices; pero aun tenemos otros lazos mejores que nuestros recuerdos. Si, sin que lo hayais conocido, debeis saber que existe un poderoso motivo de union íntima en nuestros corazones, la cual contribuye á mitigar un dolor acerbo.

«No he experimentado alegría mas pura desde mi salida de Francia, que el saber que guiada

como por un instinto de nuestra amistad, habeis concentrado toda la ternura de vuestro corazón, en esa criatura abandonada, que sufría cerca de vos. El padre de Graziella era mi amigo íntimo, y sucumbió antes de haber podido recoger el fruto de su talento y de sus trabajos: cuando supe la desgracia de esta familia, quise al menos proteger y salvar á esa pobre niña, que se educa á mis expensas en el convento de las Agustinas.

«Comprendéis ahora mi alegría, Preciosa, al saber que habeis triunfado de su indiferencia y esterior apatía, y que por vuestros buenos oficios se ha dado á conocer y desarrollado hasta tal punto su vocación de artista? Ya veis que sois mi compañera en esta buena obra, á la que en verdad habeis contribuido mas que yo mismo. ¿Y no será una felicidad para nosotros el poder juntos ocuparnos de nuestra pobre mudita? Os aseguro que cuando vuelva, reservo para ella una sorpresa que tambien será de vuestro agrado.

«¿Qué feliz inspiración me hizo reunir en un mismo asilo los dos seres á quienes mi corazón mas se complace en proteger! Porque verdaderamente, yo no tenía derecho alguno para dirigir vuestra amistad en beneficio de la pobre Graziella: ¿y no encontráis, Preciosa, como una cosa providencial el afecto que ambos profesamos á esa criaturita?

«Estoy bien seguro, Preciosa, de que en este momento me dirijo á vuestro corazón; solamente os hablo de esa querida niña que habeis adoptado, y no tengo la menor duda de que lograré interesaros mas en su favor. Guardádmela bien, que pronto espero estar de vuelta; os comunicaré todos mis proyectos, y os podreis felicitar conmigo del bien que aun podemos hacer.

«¿Cuánta no sería vuestra bondad en querer responderme con algunas líneas, aunque solo fuese para decirme que no habeis olvidado todavía nuestra amistad, y que nuestra niña protegida será únicamente para nosotros!

«Creed en la sinceridad de la inalterable adhesión de vuestro verdadero amigo.

«MAURICIO DE TERRENOIRE.»

Preciosa leyó dos ó tres veces la carta para poder comprender bien su sentido, porque creía haber pasado en silencio alguna cosa importante al leerla con tal rapidez; pero por fin se convenció de que nada le decía Mauricio de su matrimonio en una carta tan larga. Aquel silencio inexplicable sobre un cambio de tanta importancia en la vida de Mauricio, la dejó llena de sorpresa y entregada á grandes meditaciones, y quiso desechar de su pensamiento aquella idea con las consecuencias que de ella se desprendían; por último, se resolvió á no ver en aquella carta sino lo que simplemente decía, esto es, la seguridad de una adhesión sincera y la prueba de un corazón generoso.

Pero si esperó una viva alegría al saber que Graziella era para Mauricio como una hija adoptiva, y no pudo menos de admirar la feliz casualidad que inclinó su corazón en favor de aquella desgraciada: así es que desde que recibió la carta, aumentó su cariño para Graziella, que por su parte no podía darse cuenta de por qué la abrazaba con mas ternura que ordinariamente.

Tambien esperó una viva emoción al saber que Mauricio recibía casi diariamente noticia de todas sus ocupaciones: era para ella un verdadero placer el estar sujeta á su influencia y casi bajo su dominio. No acertaba, sin embargo, á explicarse cómo Mauricio desde tal distancia habia conseguido inclinarse á su madrastra á que eligiese el convento para ella: porque Preciosa guardó en el fondo de su corazón el secreto de lo que la habia decidido á buscar aquel refugio.

Entonces su pensamiento se remontaba á aquella escuela impresa que cierto día se ofreció á sus ojos, y de la que ni una letra habia olvidado, y algunas veces llegó á dudar de lo que habia visto, ó á creerse bajo la influencia de alguna ilusión. Pero no queriendo abandonarse á tales conjeturas, apartó de ellas su pensamiento, valiéndose del imperio que ejercía sobre su voluntad, y solo

pensó en los proyectos de Mauricio sobre Graziella, y principalmente en aquella sorpresa que pensaba hacer, y en la que Preciosa, ella misma, tomaría parte. Como este asunto formaba una época notable en su vida, esperó no sin algo de impaciencia el regreso de Mauricio. Pero como por otra parte conocía bien que no podía dispensarse de contestarle, no fué poco el embarazo que experimentó al trazar las siguientes líneas, á pesar de la naturalidad que caracterizaba todas sus acciones:

«Aunque me ha causado mucha pena vuestro silencio, de ningún modo hubiera podido acusaros, porque bien sabia que jamás olvidaría á Preciosa, aunque solo fuese por la amistad que os unía á mi buen padre. Mas, aun suponiendo que otros asuntos llamasen con preferencia vuestra atención, no he podido menos de sentir el no estar al corriente de todo lo que os concierne, porque nada me decís, Mauricio, ni de vos, ni de lo que pasa en vuestro interior. Amo todavía mas á Graziella desde que sé el interés que os tomáis por ella; progresa cada día notablemente, y me consideraré feliz en poderme asociar á la sorpresa que preparáis á esta querida niña. Me encuentro tan bien en esta casa que me proporcionasteis, que espero permanecer siempre en ella, aunque deba por otra parte consultaros en todo para obedecer los últimos mandatos de mi padre.

«Si; me complazco en que me llameis Preciosa, porque este nombre forma una era nueva en mi vida; y después de haberlo reflexionado con toda detención, me parece que preferiré pasar mis días en este convento al lado de Mme. Teresa, nuestra digna superiora, que es para mí una segunda madre; la ayudaré en la educación de las niñas, y de este modo tal vez pueda todavía ser útil para alguna cosa. Ya que me han separado de mis hermanas, nada me incita á volver á un mundo en el que bien sabéis que no he sido feliz; pero antes es necesario obtener vuestro permiso, porque miro como una feliz suerte el poder contar con vos como con un consejero, un hermano y un apoyo.

«Creed en mi sincera amistad.

«P. S. ¡El nombre de Mauricio es la última palabra que me dirigió mi buen padre!»

Mauricio esperó al recibir esta carta los mismos efectos que produjo la suya en Preciosa: la leyó muchas veces, queriendo saber lo que decía, y aun mas lo que no decía. Su lectura despertó en su corazón sentimientos bien diversos, prefiriendo á todo aquella dulce reconvencción: *No he podido menos de sentir el no estar al corriente de todo lo que os concierne, porque nada me decís, ni de vos, ni de lo que pasa en vuestro interior.*

Su alegría subió de punto cuando supo que la amistad de Preciosa hacia Graziella se aumentó desde que la hizo saber cuán cara era aquella niña para su corazón.

Tambien se sintió dulcemente afectado al ver las pruebas de confianza que le daba Preciosa, prometiendo consultarle en todo; pero ¿por qué hablaba Preciosa de encerrarse por toda su vida en un convento en que él solo habia querido proporcionarle un refugio pasajero? ¿Habría tal vez interpretado mal sus intenciones? ¿Supondría Preciosa que al confiarla á las religiosas Agustinas, habia querido inspirarle afición á la vida del claustro? Este último punto era el que mas le preocupaba, así es que, arreglando con prontitud sus negocios en Toscana y en algunas partes de la Lombardia, se apresuró cuanto pudo á dar la vuelta á Francia. Sin embargo, la posdata, que según se dice, contiene el pensamiento mas íntimo, espreso u oculto en una carta, repetía incesantemente en su memoria: *El nombre de Mauricio es la última palabra que me dirigió mi buen padre.*

Pero dejando á Mauricio entregado á sus pensamientos y haciendo sus preparativos para el viaje, veamos lo que ha sucedido en la casa de Crèveœur desde que estuvo bajo la dirección de su viuda.

Al apartar lejos de sí á su inofensiva hijastra, cuya vista la recordaba demasiado lo que ella queria olvidar bien pronto, ¿ha encontrado Mme. Crèveœur algun reposo? No, ciertamente; porque su agitación provenía de la naturaleza misma de esta mujer imperiosa, y por lo tanto, no bastaba para calmarla la ausencia de una pobre niña.

Para distraer su inquieta imaginación, precipitose mas y mas en una vida llena de un lujo excesivo, sin querer dar oídos, entonces menos que nunca, á las prudentes observaciones de Mr. Renard. Creyó que reuniendo muchos parásitos, encontraría amigos en abundancia, y que sería tenida por una mujer del gran mundo llenando de gente su casa, y llegó su insensatez al extremo de que para hacer olvidar que habia vendido telas, desperdiciase grandes sumas en vestidos aun mas ricos y elegantes que los de todas aquellas mujeres que frecuentaban su casa para divertirse con sus prodigalidades. Por lo que hace á sus negocios, los habia confiado por completo á varios agentes, con los que únicamente se entendía para pedirles á cada momento nuevos anticipos.

Obligado por la falta de dinero, quiso tomarlo á préstamo; pero no presentó garantías suficientes: entonces resolvió vender el palacio y el castillo; pero supo con gran sentimiento que no podia disponer de aquellos bienes. Esta inesperada resistencia que se oponía á su voluntad, aumentó su exaltación, la cual subió de punto cuando los agentes de negocios, que por lo comun son muy sufridos en sus reclamaciones con los demás á fin de atraerse clientela, concluyeron, no obstante, por no poder soportar ya sus exigencias. Solo el impasible Mr. Renard quedó el último para oír sus imprecaciones y darle algun pequeño consuelo.

Entonces la vigorosa salud de Mme. Crèveœur se alteró con las violentas crisis á que la esponia continuamente su genio impetuoso, llegando hasta ponerse su rostro de color de púrpura, y arrebatarle su sangre á la cabeza en tal abundancia, que la sofocaba. Llamado el médico, ordenó á toda prisa un tratamiento enérgico, á que ella no quiso sujetarse, por lo que el doctor se retiró haciendo un profundo saludo, y fué reemplazado con otro, cuyas prescripciones no lograron mejor éxito. Entonces llegó á su colmo el mal humor de la enferma, que á lo mejor llamaba á sus domésticos sin saber para qué, y luego los despedía con impaciencia. Sus criadas no podían ya resistir el cansancio, y ninguna se atrevía á velar á su lado.

¿Qué se habia hecho de aquellos amigos asiduos que se apresuraban á llenar sus salones? ¿Dónde estaban sus compañeros de placer? Hasta su misma familia habia dejado de verla. El honrado Mr. Morin no podia perdonarla su ingratitud para con un hombre de corazón tan generoso, y el abandono de su hijastra. Y verdaderamente, ¿qué aspecto tan desastroso presentaba en la actualidad esta casa en otro tiempo tan floreciente! ¿Cuanto desorden y cuántas querellas entre los criados! ¿Cuántos desfillos! ¿Cuán poca vigilancia sobre los hijos!—Y por otra parte, ¿quien puede reemplazar á la señora en la dirección de la casa? ¿qué ordenes serán escuchadas? ¿quien arreglará los gastos? Ni aun se determinaba para esto á recurrir á su familia.

Un día en que la enferma habia llegado á su mayor grado de exaltación, el doctor creyó de su deber el decirle, si bien con todas las precauciones posibles, que tal vez era ya tiempo de poner en orden su conciencia; pero tuvo cuidado de añadir que aun no estaba en peligro, y que pudiera suceder que se calmase su espíritu con los consuelos de la religión.

— ¡Un sacerdote! gritó fuera de sí misma incorporándose en el lecho: ¡á mi un sacerdote! ¡Si yo no quiero morir! Es necesario que me salves, ¡y vos creéis mas fácil buscarme un sacerdote! Doctor, ¿por ventura no os pago para que me cureis? ¡No me traigais un sacerdote! tengo miedo, mucho miedo!

Al decir esto, se puso verdaderamente horrible, y cayó sin movimiento sobre el lecho. Si;

aquella mujer debía realmente experimentar un miedo atroz, al pensar en las ruinas, y mas aun en los dolores que con su egoismo habia acumulado á su alrededor. No queria manifestar á un ministro del Altísimo el estado de su alma; pero la desgracia empezó á doblegar aquella voluntad enérgica, y en el silencio de la noche creyó encontrarse en la presencia de un testigo á quien nada le era dado ocultar: era el espectro de la conciencia. Al ver el triste abandono en que se hallaba, no pudo menos de recordar con profunda tristeza los sucesos de su pasada vida.

Cuando era jóven, vivia feliz en la casa de su padre, hasta que con sus artificios logró apoderarse del corazon de un hombre honrado, cuya vida abrevió á fuerza de pesares y disgustos provenientes de su egoismo y avaricia; despues tuvo valor para arrojar de su casa á una hijastra á quien prometiera amparar, y por último, habia descuidado sus propios hijos y conducido su casa á su total ruina.

—¡Oh Dios mio! se decia (porque tambien invocaba á Dios aquella mujer que ni aun queria ver delante de sí el sombrío traje de un ministro de la religion), todos me abandonan: ¿quién me salvará? ¿quién se tomará todavia algun interés por mí? ¿a quién podré confiar mis hijos? ¿quién, Señor, se apiadará de mí?

—Y oyó una voz en lo intimo de su corazon que la dijo, que aun no se habia enteramente hecho inseparable, una voz que hablaba de esta manera:

—Sí; bien lo sabes: existe todavia en el mundo un sér inocente á quien has hecho bastante mal, cuya vida has procurado abreviar á fuerza de disgustos, á quien separaste de todo lo que le era mas querido, y al que, no contenta con haberle arrojado de tu casa, te complaciste en desgarrar el corazon cuando por última vez trasponia el dintel de tu casa; mas á pesar de todo, conoces que no tienes mas que decir una sola palabra, y ese ángel de paz se hallará bien pronto á tu cabecera, tan humilde, tan dulce y tan lleno de abnegacion como siempre.

El nombre de este ángel era Preciosa, porque Mme. Crèvecoeur la conocia bien; y por otra parte el grito intimo de su conciencia la obligaba á hacer justicia á su victima. Comprendió, por lo tanto, que no podia continuar de aquella manera, y habiendo suplicado á su notario Mr. Renard se viese con ella lo mas pronto posible, le dijo haciendo un esfuerzo sobre sí misma:

—Me ha vencido la desgracia, estoy abandonada de todos, y solo conozco una persona que todavia se compadezca de mí, y vos conocéis demasiado quién puede ser; es mi hijastra. Si yo conservase aun un resto de mi orgullo, no me espondria, en verdad, á semejante humillacion; pero os ruego encarecidamente que á la mayor brevedad vayais á decirle que me hallo moribunda y en un completo abandono, y que mis hijas, que son tambien sus hermanas, reclaman sus cuidados. Ella vendrá, si, indudablemente, porque conozco á fondo su corazon; vendrá á socorrer á quien la arrojó de su casa. Solamente á ella quiero conservar á mi lado.

Mr. Renard la contemplaba en silencio diciéndose en su interior:

—¿Con que es necesario que venga á herirnos la desgracia para que abramos los ojos, para que á luz de la razon nos ilumine?

Y al decir esto casi compadecia á aquella mujer arrogante, reducida, en la actualidad, á suplicar á la misma á quien en otro tiempo habia destrozado el corazon.

—Pero ya comprenderéis, respondió á la enferma, que es muy delicada la mision que me confiáis: me dais al menos vuestra palabra de que la trataréis con dulzura y con toda clase de miramientos, que no proferiréis palabra alguna que pueda herirla, y que la confiaréis el cuidado de sus hermanitas? No me atrevo, sin que me prometáis todo esto, á ir á turbar el reposo que disfruta esa pobre niña que tanto ha sufrido.

—Sí, os lo prometo todo; pero apresuráos, quiero verla, el tiempo transcurre con mucha rapidez: tengo que revelarla mas de una cosa que la interesa en sumo grado.

Al entrar Mr. Renard en su casa, encontró un aviso de Mauricio Terrenoire, participándole su llegada y diciéndole que le esperaba en su cuarto. Despues de las reciprocas demostraciones de amistad, su conversacion recayó sobre Preciosa.

—Precisamente iba ahora á San German, dijo el notario: ¿queréis reemplazarme? Tengo que hacer á Preciosa una proposicion bastante delicada sobre la que probablemente os pedirá consejo, porque el asunto es demasiado grave.

Contó en seguida á su amigo el lamentable estado en que habia caído Mme. Crèvecoeur, y despues de haber deliberado sobre el particular, partió solo Mauricio al convento de las Agustinas.

¿Cómo latia su corazon al entrar en el locutorio! Pero sus intenciones eran tan rectas y generosas, que sin experimentar ningun temor ni embarazo, pudo referirle todo á Mme. Teresa, la superiora, que le conocia ya lo bastante por las confianzas de Mr. Renard. Habia esta cobrado tanto afecto á Preciosa, que al ver á Mauricio no pudo menos de amar á aquel que se habia ofrecido á servirla de apoyo durante su vida y queria reemplazar á su padre.

—Señora, dijo Mauricio, ya sabeis la adhesion que profeso á vuestra querida discipula, á vuestra amable Preciosa. Su padre, previendo su fin próximo, y que la dejaba sin apoyo en el mundo, puso en mi toda su confianza: he guardado como un precioso tesoro esta carta que os suplico tengais la bondad de leer, porque explica mi presencia en este sitio, y me dá algun titulo para ocuparme del porvenir de Preciosa y consultaros á vos, señora, que la habeis acogido con tan maternal bondad.

—Mr. Mauricio, respondió la superiora; conozco vuestra conducta digna de elogio; sé que á vuestra sola generosidad debe Graziella la feliz posicion en que aquí se encuentra al lado de Preciosa. Y á vista de esto, ¿quién podrá oiros sin declararse en vuestro favor? No tenia yo necesidad de esta carta para apreciaros como merecis: la leeré, sin embargo, por complaceros.

La carta contenia únicamente estas palabras.

«Mi querido Mauricio: Me lisonjeo de conoceros lo bastante para poder decir, que, aunque tan jóven, tenéis la sabiduria y la esperiencia que solo puede esperarse de la edad madura. Vuestro corazon respira nobleza, amigo mio: á vos, á vuestro excelente corazon es al que, conociendo mi próximo fin, quiero confiar mi mas caro tesoro, mi querida Teresa: en vuestras manos pongo el cuidado de su porvenir. Si os sentís inclinado á ella, si un dia llegase á amaros, como mas de una vez lo he creído, tomadla por esposa; desde ahora podeis contar con mi consentimiento y mis mas ardientes votos. Quisiera ver, desde la mansion que bien pronto iré á ocupar, reunidos los dos seres que mejor supieron corresponder á mi ternura, y creo que todavia viviré en medio de vosotros. Pero como tengo bien conocida vuestra delicadeza, creo que nunca os prevaleis de mis deseos para contrariar su voluntad, en el caso de que su indifercia ú otro sentimiento cualquiera hiciese nacer en ella alguna repulsion hacia vos, y entonces, ya que no podais ser su esposo, la serviréis siempre de padre, de consejero y de apoyo. Delante de Dios me sois responsable de su porvenir. Junto con esta os remito los titulos que aseguran su fortuna; nunca pudiera depositarlos en mejores manos. Por lo que á mi respecta, conozco que ya no tengo que hacer mas que morir. Adios, Mauricio, mi salvador, sed feliz.

AIMÉ CREVECOEUR.»

—Sí; dijo la superiora mirando con respeto aquella carta que contenia los últimos deseos de un moribundo: sois verdaderamente su padre, lo sois todo para ella. Es una criatura encanta-

dora y llena de dignidad bajo todos los conceptos: ¿qué pensáis hacer de ella?

—¿Pero, señora, puedo yo daros cuenta de mis proyectos? me permitirá la austeridad de vuestra vida que os informe acerca de los intereses del corazon mundano?

—Hablad, hablad de lo que gusteis, replicó la superiora; ¿acaso no debo seguir los pasos de mis queridas niñas hasta su entrada en el mundo? No creais que las olvidé, aun cuando estén ya fuera del convento, ni tampoco ellas me olvidan jamás: las hay que están casadas y todavia vienen á verme con sus hijos.

—Pues bien; ya que os mostrais, señora, tan animosa y correspondeis tan perfectamente á la idea que yo me habia formado acerca de vuestro noble carácter, quisiera me dijeseis con toda ingenuidad, si habeis descubierto en Preciosa una vocacion verdadera y decidida para la vida religiosa.

—Nada menos que eso, contestó Mme. Teresa, y hé aquí la primera prueba: tiene una piedad dulce. Lo sé bien; pero no he notado en ella ni exaltación, ni ascetismo. Por otra parte, tampoco nosotros escitamos semejantes inclinaciones, siendo necesario que sea muy manifiesta una vocacion para que nos inspire alguna confianza. La poca reflexion de las jóvenes pudiera hacer que fácilmente se engañasen á sí mismas sobre sus propios sentimientos, lo cual seria una gran desgracia, y en este caso nuestro deber es iluminar su entendimiento y moderar un celo escesivo. ¿Pero por qué no la hacemos venir? Es necesario de todo punto que os vea.

Y en seguida hizo llamar á Preciosa. ¿Quién podria ahora decir cual se manifestó mas conmovido de aquellos dos seres, que hallándose dominados tal vez de un mismo sentimiento, querian ocultarlo en el fondo de su corazon por motivos bien diferentes?

—Querida Preciosa, dijo la superiora, aquí teneis al protector, al amigo desinteresado que vuestro padre os dejó, el cual será para vos un segundo padre.

Preciosa, á quien su emocion hacia ligeramente temblar, alargó su mano á Mauricio.

—Conozco todo lo que os debo, le dijo, y nada haré sin contar antes con vuestro beneplácito: mi padre me lo ordenó así en sus últimos momentos.

—Señorita, contestó Mauricio reteniendo su mano entre las suyas, ó mas bien, querida Preciosa, si es que me permitis daros este nombre de confianza, he tenido un vivo sentimiento en estar retenido tanto tiempo fuera de Francia, sin que por lo mismo me haya sido posible cuidar de vos con mas esmero, aunque por otra parte tengo la satisfaccion de saber que he sido reemplazado con ventaja por la cariñosa madre que encontrásteis en este asilo; pero ya comprenderéis que no siempre habeis de permanecer aquí, y yo queria consultaros...

—Mauricio, replicó Preciosa interrumpiéndole, y cogiendo con transporte la mano de la superiora, os aseguro que en ninguna parte podréis hallar para mí mejor asilo, y por ello os he dado gracias repetidas veces desde el fondo de mi corazon. Nada tengo que hacer en el mundo, ya os lo he dicho. Todo lo que he podido ver, me hace desear alejarme de él cada vez mas, y creo que solo aquí encontraré la paz que busco; ¡Oh señora! conservadme, os ruego á vuestro lado, que yo procuraré hacerme útil para alguna cosa.

—Niña mia, contestó la superiora, no se toma tan repentinamente una resolucion de tal gravedad: habeis sido criada para el mundo y debeis tener el valor de reaparecer en él. Ya volveremos á tratar con mas despacio de todo esto.

—Sí; aquí es donde quisiera yo vivir, dijo Preciosa, si me lo permitis vos, Mauricio, á quien mi padre me encargó obedeciese como á él mismo.

(Se continuará)

EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

(Continuación.—Véase el núm. 49).

— ¡Rayo de Dios! ¿Qué puedes esperar de una sombra? por ventura, no procede del sepulcro? y acaso el sepulcro tiene ojos para ver tu belleza? acaso tiene oídos para oír tus débiles suspiros y tus palabras calculadas? acaso tiene cerebro para juzgar tus razones? acaso tiene corazón para apreciar tu juventud? acaso tiene sangre que pueda hervir al fuego del amor que pretendes fingir? Quien dice sepulcro, dice muerte; y ¡ha llegado á tus oídos que la muerte se conduela de tronchar con su guadaña la existencia mas lozana? ¡Compasión!... ¡Ah! ¡ah! fuego del cielo! ¿Ha sentido alguno compasión por mí? se ha contristado alguno al verme subir las terribles gradas del patíbulo? reclamó alguno para mí, no favor, no indulgencia, sino integridad y justicia? ¡Yo no soy de este mundo, Blondina! no soy hombre! no tengo corazón! no soy mas que sombra, polvo, nada...! ¿Y crees que podrás conmovirme? Hubo un tiempo en que me columpiaba en la sencillez y en la dicha; un tiempo en que una palabra tuya, una mirada, una simple sonrisa me rodeaba de consuelo y de gloria.

¿Y no sabes por qué sucedía así? Era porque como un niño, no veía en los objetos mas que lo que los ojos alcanzaban; era porque no penetraba mas allá de la certeza de las cosas; era porque en una halagüeña sonrisa no encontraba mas que una sonrisa halagüeña... ¡Oh! jamás intenté desabrochar la ropilla hipócrita de la humanidad para contemplar en calma sus infectas úlceras; pero como esa misma humanidad me ha relegado de su seno, la tupida venda que cubría mis ojos se ha caído, y ya examiné casi involuntariamente las llagas que corren el corazón de esa raza de viboras. ¡Ay! para un hombre como yo, no existe delicia, no hay goces sino en la amargura, en la desesperación de sus semejantes! Ved mis cabellos; ¿no están ya blanqueados? no indican que mi existencia se agotó á la compasión y á la piedad?

Blondina tenía la frente pegada al suelo como el réprobo que espera temblando el instante de ser lanzado al bátraco de las tinieblas.

Y sin embargo, esperaba....

Había calculado de antemano las frases que iba á emplear en su árdua tarea de seducción; había arreglado su inteligencia con la agilidad de un músico que recorre una escala, y por consiguiente, todavía esperaba como hemos dicho.

Cruzó en un relámpago por su cabeza la complicada astucia de la mujer, y se sintió animada como si el Angel de la Guarda la escudase con sus alas de fuego. Era mucha la sagacidad, mucha la calma, mucha la sangre fría que se necesitaba para llevar á cabo su idea; pero no desmayó ante tantos obstáculos.

Levantó la frente con la resignada humildad de un mártir cristiano, y Frari pudo descubrir en ella una como sonrisa de amistad y odio, de osadía y timidez; una seductora sonrisa que confundía su brillo con el fulgor de las lágrimas transparentes que rodaron á lo largo de sus pálidas, pero hermosas mejillas.

Incorporóse sobre su blanco codo; se puso medio erguida; adaptó á su semblante, tan precioso y tan flexible, una sublime expresión de afecto y heroísmo; fijó los ojos medio entreabiertos dulcemente en su marido, como si temiera confesarle el cariño de que estaba poseída, y dijo con una ternura incomparable, con una armonía sorprendente:

— ¡Cuán tarde me llega el arrepentimiento! cuán tarde conozco mi falta! ¿No es verdad Roberto? ¡Cuán tarde quiero reparar mi negra ingratitude!

— ¡Muy negra, exclamó Frari, tocado en la parte mas sensible de su corazón! Y te amaba

y tu me correspondías con desprecios! yo te guardaba en mi alma como una imagen venerada; tú profanabas mi cariño con el amor de otro hombre! si, negra, atroz, ha sido tu conducta para conmigo, inocente jóven, que te entregó entero su corazón!

— ¡Ah! pensé Blondina! he logrado herirle! ya cuento un triunfo! ¡Dios mio! dádme tacto para encadenarle otra vez!

Y brillando en sus labios una dolorosa contracción:

— ¡Dices bien! exclamó furibunda contra si misma; ¡dices perfectamente! soy una mujer ingrata, despreciable, hasta perjura! Roberto, si, criminal, ¡porque no te amaba como debiera, porque no deliraba por ti como merecias! ¿Y para qué negarlo? añadió resplandeciendo como un topacio, ¿para qué negarlo? quiero yo acaso librarme de la vida? ¡He sido tan desgraciada! padezco tanto, Roberto, tanto!

— ¡Que desees la muerte á todo trance, ¿no es verdad? pronunció Frari, dando gravedad á sus palabras. Pues bien; tu gusto será satisfecho: ¡dentro de cuatro minutos eres cadáver!

— Y se metió la mano en el pecho para contar los minutos por los latidos del corazón.

— ¡Blondina! dijo con voz sepulcral, ¡han transcurrido cinco segundos!

— La jóven exhaló un grito de dolor que hizo mas bellas sus facciones, inflamadas en un fuego seductor por la lucha que su espíritu sostenía.

— Frari no replicó.

Impasible como un reloj seguía contando el tiempo que pasaba, sumido en el mas profundo silencio.

— ¡Un minuto, Blondina! añadió estóico y frío, sin casi mover los descoloridos labios: tan petrificado estaba.

Blondina, que al exhalar el grito se había levantado como en alas del dolor, le temblaron las rodillas, y retrocediendo verdaderamente asustada, con el aspecto severo é imperioso de su marido, apoyó la espalda en la pared y le miró con desencajadas pupilas.

Y faltándole la serenidad, dejó caer la frente sobre el pecho.

Por espacio de dos segundos no se oyó otra cosa que un fuerte latido de su corazón herido de terror.

Pero dominándose por una fuerza de voluntad sobrehumana, formó con velocidad un nuevo plan de ataque en que se debía jugar nada menos que su existencia.

Una mujer elocuente, ¿á quién no arrebató? una mujer voluptuosa, ¿á quién no seduce? una mujer de rara belleza, ¿á quién no trastorna?

Elocuente, voluptuosa y bella, Blondina no desesperó totalmente de trastornar á su marido.

— ¡Si, moriré, exclamó con voz que le iba faltando por grados hasta que se convirtió en un tono dulce y misterioso! moriré! Un día entero necesitaba, sin embargo, para darte una explicación de mis entrevistas con Geminiano en este subterráneo!

— ¡Tres minutos! murmuró Frari austeramente.

— ¡Oh, perdon, quiero morir! quiero morir, pero morir perdonada! balbuceó aquella mujer á quien, segun todas las probabilidades, solo restaba de vida un minuto. ¡Perdon, Roberto, por lo que en horas mas felices experimentaste por mí! perdon por tu antiguo amor! yo te lo suplico en nombre de tu padre!

— ¡De mi padre! ¿Qué has dicho, desgraciada? preguntó Frari con voz tremenda. ¿No sabes que él me anima á la venganza? ¿No sabes que él mismo señala con su dedo tu frente lúbrica y adúltera?

Una mirada que alumbró los abismos de su alma, saltó de los ojos de Blondina, con la velocidad del relámpago; pero por muy vivaz que fuese, Frari la advirtió.

— ¡Ah! ah! dijo.

Y desliando de su cintura un largo cordón de seda verde exclamó con voz reconcentrada.

— ¡Han pasado los cuatro minutos! vas á morir!

Todo se había perdido para Blondina á la apa-

riencia; pero ella conservaba aun esperanzas. Lanzó un grito de agonía; un temblor convulsivo agitó sus brazos, y entreabriendo los labios, que arrojaron un aliento encendido.

— ¿Y me vas á asesinar porque conferenciaba con Geminiano? balbuceó: ¿no sabes, infeliz, que á tal precio quería comprarte los hijos que tú abandonaste? ¿No hubieras hecho tú lo mismo en iguales circunstancias?

Se estremeció Frari de piés á cabeza como herido de un rayo.

— ¡Corazon! gritó, corazon! ¿Por qué tenias un velo sobre tus afecciones? por qué palpitas á la voz de una mujer? ¡Blondina! basilisco infernal, ¿dónde están mis hijos?

Blondina se sonrió con una expresión tan indefinible de amor, que hubiera ablandado á una estatua de bronce.

— ¿Dónde estan? murmuró Frari, ¿dónde estan?

— En poder de Geminiano, contestó Blondina.

— ¡Ah! ¿Con que Geminiano, ese jóven que tantas veces he visto deslizarse en el Procuratú era el falso astrólogo; con que ese jóven era tu amante?

— ¡Roberto, te lo juro! estoy limpia como un lago que jamás surcó la hebra del pescador! te lo juro! jamás me hice indigna de tu nombre.

— Pues bien; sea del modo que quiera, ¡vas á morir!

— ¡Cómo! ¿Morir cuando he sido un ángel para tí? morir cuando tengo unos hijos que educar? morir cuando aun puedo inundarte de torrentes de consuelo?

Frari la miró con ojos estraviados.

— Haz un esfuerzo y perdóname, Roberto; todo lo que se propone puede el hombre conseguir. ¡Oh! ¡Cuán santo, cuán elevado, cuán sublime es volver bien por mal! ¡Nada hay mas admirable! nada hay que reverbera con mas claridad la escelencia de nuestro ser! nada hay que recuerde con mas precisión que el hombre salió puro de las manos de Dios! ¡Oh Roberto! pronuncien tus labios el perdon que te haría tan generoso! Perdon! ¡Es la palabra mas relevante que se pudo inventar! es la palabra de los ángeles! es la palabra de Dios! es la palabra que como una música divina recorre los ámbitos de la gloria! ¡Oh Roberto! héme aquí de rodillas, perdon!

Y Blondina, con efecto, se puso de hinojos ante su marido, mientras este murmuraba:

— ¡Geminiano! yo dedicaré mi vida á buscarte! ¡Oh peccato! la venganza, cómo palpita mi pecho por la mas inaudita venganza....

— Roberto, repitió Blondina, separando de su semblante las hermosas trenzas del cabello, ¡perdon!

Frari extendió las manos sobre su cabeza.

— ¡No me hables de perdon! dijo con voz de trueno ¡yo soy un réprobo!

— ¡Dios me tenia destinado para el mal!

— En nombre de ese Dios que dispone del corazón, en nombre de ese Dios que todo lo vé, ¡perdon!

Frari no pudo menos de clavar una mirada algun tanto afable en aquella mujer que un día le hechizó con su hermosura.

Estaba en aquel momento en el apogeo de la belleza; sus interesantes brazos desnudos, suaves y brillantes como la nieve, pendían con dulce abandono; su garganta, formada con delicadeza como una miniatura de Pésaro ó Florencia, tenía un movimiento ascendente é incitativo que elevaba sus hombros primorosamente arqueados y anchos; su cabello se deslizaba en ondas hasta el suelo, é hincada de rodillas, cualquiera la hubiera creído una imagen esculpida en mármol sobre el altar de un templo.

Y al verla inundada en lágrimas esmaltadas de una sublime expresión por los sollozos que estremecían sus labios, en vez de una mujer culpable y lasciva, á buen seguro que se la hubiera creído en la antigüedad la diosa Astrea, afligida por los vicios de los hombres.

El pintor que la hubiera trasladado al lienzo, y que á través de la pintura hubiese acertado á reproducir su estado de angustia moral, sin duda que podría estar orgulloso de su obra.

Mens no hubiera resistido tantos encantos. Miguel Angel habria caído a sus pies. Murillo la confundiria con una divina aparición.

Y Roberto Frari, subyugado por tantos alicientes, por su voz, por su rostro, por su actitud, por su súplica, tuvo que evocar los dolorosos acontecimientos de que habia sido victima para no perdonarla.

—Y bien! dijo dándose una palmada en la frente: ¿para qué sali del sepulcro? para qué he vuelto a tomar papel en el mundo? ¿No salí del sepulcro para condenarme? no tomé mi papel para vengarme, yo que era todo concordia y mansedumbre?

—No, exclamó Blondina! no te querrás vengar hasta de la mujer que amaste!

—No, digo yo a mi vez! no! articuló Frari temblando: ¡ya he asesinado al mismo que me alzó la losa sepulcral; ya he asesinado a tu padre, y no te perdonaré!

—¿A mi padre? ¡Mónstruo! mónstruo! Desencadenó Roberto una carcajada sarcástica, violenta y estúpida, y poniéndose una mano en el pecho:

—Si, exclamó, si, ¡debo ser un mónstruo porque no me encuentro el corazón!

—Dios mio! Dios mio!
—¡Ah! invoca ese Dios remunerador, si es que te puede oír para que te juzgue con piedad.

—Frari! Frari! ¿Qué ha sido de tu honradez? ¡La mano de Satanás te estruja el pecho!

Una escuálida sonrisa tocó los labios de Frari.

—Indudablemente, repuso, porque yo me siento renacer con la vida del Angel Malo: volaba hacia los cielos; pero el sol quemó mis alas como a Icaro, y descendí a la región de las tinieblas.

—¡Soy perdida!

Frari desarrolló el cordon verde, y sacudiéndole juguetonamente, murmuró con tranquilidad:

—Vamos, Blondina, disponte....

—¿A qué? le interrumpió la jóven desfallecida, ¿a qué me he de disponer?

—¿No tenías tan vivos deseos de morir?

Blondina fulminó un ronco grito.

—¡Pero eso es una crueldad! dijo, ¡y no es posible que seas tan perverso!

—Te advierto por tercera ó cuarta vez que vas a morir, Blondina, ¡no hay remedio!

—¿Y cuándo, repuso, cuando he de morir?

—Ahora mismo.

—¡Oh! Dios mio! una hora para arreglar mi conciencia ya que es preciso morir! una hora siquier!

—En ese tiempo me podrias seducir; eres una serpiente.

—¡Pero ese tiempo me es indispensable!

—Y te concedi cuatro minutos.

—¡Cuatro minutos!

—¿Crees poca la gracia?

—¡No supe aprovecharla!

—Pues no tiene remedio. ¡Ea!

E hizo un nudo corredizo en el cordon.

Desencajada la jóven y frenética, se agarró con las dos manos al cordon, y forcejeando con desesperación, procuró quebrarle; lloró; retorcióse como un látigo; puso la blasfemia en sus labios; amenazó como una hiena; pero todo inútil, su destino estaba decretado.

—¡Soy la madre de tus hijos! exclamaba delirante, y no quiero morir....! ¡Yo morir tan jóven....! no....! no....! no....!

Frari le puso en el cuello una mano.

—¿Qué vas a hacer? preguntó la jóven azorada y palida.

—Te voy a estrangular.

—¿Con que es verdad? con que eres tan inhumano? con que piensas ahogarme?

—Es tu destino.

—¡Yo no quiero la horca! exclamó Blondina fuera de si, con la boca torcida, los ojos estraviados, el cabello en desorden y arrugada la frente, ¡no quiero! de ese modo mueren los perros!

—¿Era yo perro, Blondina?

—¡Oh! dónde hay un puñal! venga un puñal!

—¿Seria bueno este?

Y Frari sacó uno brillante y afilado.

—¡Venga! venga!
—¡Ja.... ja.... ja!.... este puñal asesinó a mi padre! ¡Lo único que agradezco a Dios es que me lo haya deparado!

Blondina retrocedió espantada a la pared, y estendiendo adelante los brazos, con los ojos furibundos y la boca cubierta de espuma:

—¡Ven!.... ven! balbuceó agitada, ¡híere!

Frari guardó el puñal en el seno, sacudió el cordon, é hizo como que iba hacia su mujer.

—¡No! gritó esta con el ronco acento de una fiera; ¡no quiero el cordon! venga el puñal! el puñal! y híere de una vez!

—Escucha, Blondina, ¿no eres inocente?

—¡Sí; te lo juro! articuló la jóven brillando entre la cólera que destellaban sus ojos como una chispa de esperanza.

—Pues bien, ¿dudas de que por qué eres inocente te destino a ser ahogada?

Blondina no pudo ya replicar.

Dejó caer, ó mas bien, su cabeza se desplomó casi inanimada sobre su pecho, y estendiendo los brazos convulsos, sus rodillas se doblaron.

Frari se precipitó sobre ella y la levantó.

Luego la sostuvo contra su pecho, se subió encima del sillón, ató un extremo del cordon a un grueso clavo que se destacaba de la imposta de la bóveda, puso el nudo corredizo en el cuello de Blondina, la sujetó perfectamente, y exhalando un rujido, la lanzó en el aire.

—¡Dios mio! balbuceó la infeliz, ¡Dios....!

Y principió a retorcerse en horribles convulsiones.

Frari se sonrió como lo podria hacer el Angel Malo, y murmurando frases ininteligibles, salió del subterráneo con el tremendo objeto de asesinar a Croveto y seguir las huellas de Geminiano.

En tanto, el clavo de que Blondina pendia, enmohecido por los años, se partió inesperadamente, y la desdichada cayó al suelo jadeante y cubierta en hirviente y negra sangre.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

LA MANO IMPLACABLE.

CAPITULO PRIMERO.

DIEZ Y SIETE AÑOS DESPUES.

Un buque, que habia partido de Grecia semanas antes, doblaba al rayar el alba el cabo Matapan, y sus velas iban henchidas de un viento favorable.

Días despues entraba majestuoso en el Archipiélago, esas aguas verdosas que se balancean entre Grecia y Turquía.

Hacia un tiempo magnifico.

El sol, cuyo carro de encendidos rubies, según el juicio de los poetas, asomaba sus ruedas de fuego en el horizonte, iluminaba mas de cien chozas que se entreveían con su pajiza techumbre, entre el ramaje de los árboles que sombreaban la inmensa pleyada de islas que parecen flotar en el Archipiélago.

Sobre cubierta del buque se veía un marino alto y nervioso, cuyas facciones, tostadas por el sol, y que, sin embargo, se descubria en ellas restos de su antigua hermosura, estaban ceñudas por un hábito de contracción, que le daban un aire misterioso de dureza y crueldad.

Estaba sentado sobre un rollo de esparto, y de vez en cuando hacia la succion a una enorme pipa apoyada en el pavimento, y lanzaba el humo, que se elevaba al azul purisimo del cielo, en densas bocanadas.

Siempre que miraba a las islas que el buque se dejaba atrás, y cuyos contornos se iban a dibujar en el éter, sus dientes rechinaban, entreabriéndose sus labios para arrojar un suspiro abrasador.

Aquel marino, sin ser jóven, no era viejo.

Sus negros cabellos caían en desorden sobre el

cuello; parecia que estaban sus ojos habituados a una perpétua convulsion, y grandes arrugas, amarillentas y tortuosas, surcaban su frente, ya marchita y ajada.

Nadie reconoceria en él a Roberto Frari.

Diez y siete años habian trascurrido.

¿Habia abandonado su venganza? se habia arrepentido? habia el tiempo enfriado el fuego fatidico que un día abrasó su corazón?

Soltó con calma la enorme pipa, amenazó con los puños casi chispeantes el Occidente, anduvo dos pasos, tomó de una banqueta un rollo de cordel, pasó el puente, que crujió bajo su talon, empujó despues una puerta, y murmurando frases ininteligibles, penetró en un lujoso camarote.

Y se halló frente al capitán del buque, hombre alto, delgado, de ojos hundidos y penetrantes, largo bigote, retorcido hacia la oreja y de aire simpático.

Sentado negligentemente apoyaba los codos sobre una mesa, entretenido en leer un libro manuscrito cuyo forro estaba mugriento.

Al ver a Frari, tiró de un cajón de la mesa, y sacando algunos habanos los puso en una bandeja dorada.

—Siempre taciturno, murmuró, mirando de hito en hito a Frari: ¿por qué os llamais tanto al interior? ¡Diablo! Parece que luchais constantemente por entrar en el fondo de vuestra alma, como la golondrina en las grandes travesías por descansar en los palos del buque, y vuestra alma goza en repeleros, como disfrutan mis marinos ahuyentando a esa misma golondrina por el único deseo de que vuele fatigada sobre las olas del mar.

—Mi capitán, repuso Frari soltando los cordeles é indicándole con un gesto que ya habia hecho la escala que pocos días antes habia roto un grumete; es que siempre sueño con las memorias de los tiempos pasados, que a su vez me impulsan a soñar con los venideros.... ¡Ah! mi capitán....!

—¿Cáspita! le interrumpió su interlocutor; ¿no os he dicho mil veces que para vos no soy capitán sino simplemente Alejandro Buxtof?

—Pues bien; me honrais demasiado, mi querido Buxtof, y os doy las gracias.

—Quién os da las gracias soy yo, Frari; ¡pues apenas hago la mitad de lo que en otro tiempo hicisteis por mí!

No sé lo que me queréis decir.

—¡Diablo! ¿No recordais la generosidad con que obrasteis en la plaza del Pópulo en Roma?

—¡Ah! si.... si; pero ¿qué diablos! no quisiera tener de ello el menor vestigio!

—Al contrario, debéis tener muy presente la obra de caridad que practicasteis conmigo, que apenas os conocia.

—Sin embargo, repito que no deseo recordar, porque aquel tiempo era para mí uno de esos períodos de placeres é ilusion que en la vida goza todo jóven. Despues volví a Venecia, me casé y puedo aseguraros que hebi mucha amargura.

—¡Oh, si! contestó Buxtof peinándose con los dedos el bigote y clavando en la mesa una mirada triste; ¡oh, si! habeis bebido un caliz de hiel!

Erais rico, según supe en Roma, y ahora por una inconcebible fatalidad, sois pobre, tan pobre como el último de mis marinos, sin contar, mio caro, que lo que yo poseo es enteramente vuestro....

¡Oh! si.... ¡ya lo creo diábolito!

Frari se inclinó.

Y poniéndose una mano en el pecho con un inefable y sentido acento:

—Os doy un millon de gracias, dijo.

—Y vuelta con las gracias, exclamó Buxtof casi amostazado; ¿no os he repetido que por nada me deis gracias? ¡Cómo! ¿Podré yo olvidar que de una sortija vuestra, que valia cinco mil piastras, salió mi fortuna?

De repente un temblor casi imperceptible sacudió la frente de Frari, de cuyos ojos se exhalaba lumbré.

Buxtof le contempló con admiración.

Los labios de Frari, tan desdeñosos y sarcásticos, se contrajeron cubiertos de espuma como

una roca sobre la que se estrellase una cascada.

Buxtof se puso de pié asustado.

Todo el cuerpo de Frari se agitó violentamente, y oprimiendo con manos crispadas el ribete de la mesa, le hizo bambolear.

Buxtof arrojó un grito ahogado.

—¡Infame! balbuceó Frari como fuera de sí; ¡infame Geminiano! el corazón se me salta! De todos mis enemigos me he vengado en el trascurso de diez y siete años, menos de ti.... ¡alégrate, Geminiano! ¡Oh! mi hermosa idea! mi venganza....! todo desaparece.... rabia! me muero....! maldito mal....! me muero....!

Y casi arrancaba con dedos engarrotados el pedazo de mesa que asía.

Buxtof, con ojos dilatados por el estupor, la boca entreabierta por la sorpresa, pálido y sin acción, estaba clavado al pavimento como una estatua en su pedestal.

Tres minutos despues fué volviendo Frari á su estado normal.

—¡Ah! ya pasó el accidente, dijo limpiándose con un pañuelo la espuma que aun serpenteaba en sus labios.

Buxtof respiró.

—¡Dios mio! murmuró; ¡he tenido un susto atroz!

Frari procuró sonreirse.

—¡Me ataca con frecuencia la epilepsia! repuso; ¡maldito mar!

—¡La epilepsia!

—Ya me ha dado cuatro veces en dos años que hace estoy á vuestras órdenes.

—¡Diabolo! pues no he sabido nada hasta ahora, dijo el capitán tomando asiento de nuevo é indicando á Frari una silla.

—No es extraño, añadió este.

—¡Cómo así!

—Cuando sentía que principiaba á conmovirse mi corazón cual si le cayera una pesada gota, huía á un rincón del buque y agarrado á un madero aguardaba en silencio el accidente.

—¿Y de qué os provino?

—¡Ay! no sé; pero en mis grandes emociones, en mis intensos despechos, inunda sin piedad mi corazón.

—Sois misterioso, mio caro, y sin embargo, os he logrado sorprender en los sueños.

—¿A mí? replicó Frari sobresaltado, ¿á mí?

—No os altereis, que mi pecho es un pozo y mi boca un candado.

—Yo no tengo secretos....

—Bien, bien.

—¡Por Dios! que no recuerdo haber soñado cosa que sea digna de llamar la atención.

—Y aun cuando fuera de otro modo, ¿no es una imprudencia querer investigar el pasado de los que han sufrido mucho?

Dijo esto Buxtof con aquel aire solapado de los políticos que aparentan, tanta mas indiferencia, cuanto mas desean penetrar el fondo de un misterio.

Era el capitán uno de esos hombres que gustan enterarse de la vida pasada de otros, por el solo placer de saberla.

Clavó Frari una mirada que penetró hasta el interior de su corazón, y llevándose una mano á la frente, como obedeciendo á una idea que la cruzó de pronto, iba á decir: Pues bien, ¿por qué ocultaros nada?

Pero se contuvo, ratiocinó y añadió para sí:

—¿Y por qué he de demostrar mi corazón á un hombre que será falso como todos los demás?

Suspaz y malicioso, Buxtof se sintió aguijoneado por la curiosidad que tantos estragos hace, principalmente en el corazón de las mujeres y los poetas.

Ni una sonda, reflexionó, podrá arrancarle una palabra; pero ¡probemos si penetro yo mas que una sonda!

Y separó distraído con este pensamiento algunas hojas del libro que estaba leyendo, cuando Frari entró en el camarote.

Sus ojos se fijaron en un renglón, y al mismo tiempo se colorearon sus mejillas como aquel que, descubriendo la solución de un árduo problema, por ejemplo, le sale al rostro la compla-

cencia del triunfo que da muchas veces por resultado el talento, cuando se comprime y se esfuerza.

Sonrióse Buxtof, y poco faltó, pues sabido es que hay ocasiones en que una misma cosa nos engendra dos emociones diferentes; poco faltó para que lanzase un grito de alegría y de pesar.

—¡Ah! exclamó, ni un zahorí os diría lo que yo os voy á revelar, querido Frari.

—Veamos.

—¿Me tomaréis encono, amigo mio? me dais palabra de no creer herida vuestra susceptibilidad?

—Hablemos en plena fraternidad.

—Pues bien, ¿me permitís os diga que habeis asesinado....?

—¡Yo asesinado....! yo....!

—Vos....

—¡A quién! á quién he asesinado yo!

—¿Os acordais de vuestra mujer.

—¡Dios mio! balbuceó Frari perdiendo el color; me han calumniado; así como os dije: «Tan luego que me casé, bebí un cáliz de amargura,» con la misma franqueza os añadiría: ¡Mi mujer era hermosa, pero infiel, supongamos, y la asesiné!

—¡Es inútil que os defendais, os repito, en plena fraternidad, que habeis asesinado á vuestra mujer!

—¡Capitan, eso es mucho.... capitan!

Y le dirigió una mirada furiosa, mientras se clavaba las uñas en su propia carne.

—Vamos, amigo mio, veo que he hecho mal con ser sincero; pero vos tendréis indulgencia para este abuso de confianza, ¿no es verdad?

Frari, entrando en reflexiones, dedució que nada arriesgaba con que Buxtof supiera aquel episodio de su vida dramática.

—Pues bien, articuló afectando una envidiable candidez, ¿para qué negároslo? Una noche asesiné á mi mujer, y hace diez y siete años que busco á su amante. ¡Ah! entregaría mi corazón por vengarme de él! ¡Maldito Geminiano!

Y al pronunciar este nombre, tembló todo su cuerpo, vaciló la cabeza sobre los hombros y lanzó un sordo aullido.

En aquel instante se pudo creer que Frari estaba loco.

—¡Geminiano! exclamó con voz ronca y brillándole los ojos como dos estrellas de siniestra luz, ¡nombre detestable y lleno de execración! nombre que escribiré con letras de sangre! ¡Oh! si un día mi puñal se hundiera en el corazón de ese perverso! ¡Dios mio! tiemblo al pensarlo!

(Se continuará).

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuación.—Véase el n.º 49).

La division por géneros, aunque puede emplearse hasta cierto punto, como subdivision en nuestros estudios, tiene el inconveniente de ser mas espaciosa que verdadera, y mas convenida que real; porque los géneros no son nunca, ni tan distintos, ni tan separados, ni aun tan demarcados, como lo dicen los autores de esas clasificaciones artificiales. — Los géneros se confunden á cada momento en la misma obra y aun bajo la pluma del mismo escritor. — ¿No hay algo de religion en la filosofia, de filosofia en la historia, de drama en la narracion, de narracion en el drama, de poesia en la elocuencia y de elocuencia en la poesia? ¿Qué pluma, por muy minuciosa que sea, puede extraer y compartir de modo que establezca la base absoluta de una clasificacion metódica en las obras literarias del espíritu humano? — Nos equivocáramos á cada momento, y queriendo dividirlo todo, no conseguiríamos mas que confundirlo.

Las dividiremos, pues, como la naturaleza, por generaciones de genio ó por épocas.

Para que la atención no se pierda en un número demasiado crecido de estas, confundiendo á la vez la memoria y el espíritu, dividiremos la literatura del género humano en cuatro épocas.

La época primitiva, ú oriental, india, china egipcia, árabe y hebrea.

La época greco-latina, principiando en Homero y concluyendo en el cristianismo.

La época intermediaria, decadencia, barbarie y renacimiento, principiando desde la caída del imperio romano, y terminando por el nacimiento del Dante, en Florencia; en cuya época la Italia representa el papel mas interesante, y que se pudiera llamar época italiana.

Y por último, la época moderna, principiando en el siglo xv, caracterizándose en Italia, en Francia, en España, en Alemania y en Inglaterra, para seguir con diversas fases, de decadencia en decadencia, hasta nuestros días.

Por lo tanto tenemos la época primitiva.

La época greco-latina.

La época intermediaria (ó el interregno, de las letras.)

Y la época moderna.

Hé aquí nuestra escala. — No perdiéndola de vista en las diferentes escursiones que vamos á emprender juntos, al través de las obras del espíritu humano, sabremos siempre en dónde nos encontramos, y tal vez presentiremos á dónde vamos á ir.

XIX.

EPOCA PRIMITIVA.

LA INDIA, LA CHINA, LOS EGIPCIOS Y LOS HEBREOS.

Hablemos primeramente de la India poética.

El gran velo que nos ocultaba todo un mundo, se ha rasgado en el antiguo Oriente en dos épocas no muy lejanas.

El que nos ocultaba la China, sus religiones, su filosofia, su historia y su prodigiosa civilizacion, entrevista apenas por los griegos y los romanos, como uno de esos planetas lejanos cuyos destellos apenas los distinguen los astrónomos al través de las distancias. — Los portugueses y los venecianos fueron los Cristóbal Colon que descubrieron á la Europa ese nuevo mundo, y dos misioneros jesuitas del siglo de Luis XIV fueron los que exploraron y nos trajeron fielmente las maravillas de trabajos que nadie los sobrepusará.

El que nos ocultaba la India, se ha rasgado recientemente y se muestra cada dia con mas claridad, por mano de los sábios ingleses; desde el dia en que las armas de Inglaterra efectuaron esa conquista, soñada y bosquejada apenas por Alejandro. — Desde aquel dia nos suministran nuevas luces, nuevos idiomas y nuevos monumentos de aquellas regiones, cuna de las filosofías, poesías é historias; verdadero Eden de las literaturas antiguas, vuelto á encontrar al pié del Himalaya, en los bordes del Ganges y del Indus.

Como el geroglífico y el papiro del Egipto, aquellos monumentos é idiomas misteriosos que contienen un secreto en cada palabra, no nos lo han dicho todo aun; escuchemos, pues, sin embargo, lo mas antiguo, lo mas santo y lo mas hermoso que nos hayan revelado, y conjeturaremos libremente sobre lo demás. — Multitud de estudiosos traductores, sumergidos en la inteligencia de los libros indios, Sanscrits, como si fueran obreros que ojeasen esfinjes en el desierto del Nilo, nos suministran suficiente testo para nuestros estudios sobre la literatura de la India. — Ya hemos hablado de los Vedas.

XX.

Nos dice uno de esos sábios orientalistas que es de los que primero han penetrado para la Francia y la Alemania, en las tinieblas del Sanscrit (el baron d'Eckstein). «La poesia mística de la India tiene por testo habitual el amor apasionado y estático del alma por su Creador. — Dicho,



¡No quiero el cordon! venga el puñal! el puñal! y hiere de una vez! (Pág. 311, columna 2.ª)

amor, el mas santo y etéreo que el hombre pueda sentir, se esprime en las imágenes sensuales del *Cántico de los cánticos*; pero con un candor en su expresión, que ni aun el hebreo la alcanza. Se siente en ella la desnudez inocente del hombre y la mujer en la pureza, sin mancha y sin sombra de otro Eden. » Y como nuestras costumbres no tienen ya esa ingenuidad del alma, que todo lo santifica, me impiden reproducir aquí esos éstas de la literatura sagrada de la India.

Su literatura moral se compone, según el mismo crítico, de fórmulas y máximas, que bajo una forma breve y sentenciosa, encierran los preceptos morales mas puros. — Nunca la conciencia del género humano ha escrito con mas autoridad y evidencia esas leyes de Dios, que son el Código innato del sér creado, para vivir de justicia, de abnegación y de virtud en sociedad.

Es la sabiduría bíblica de los patriarcas, concebida en una forma breve y esprimida en un ritmo grave, por medio de una imagen sorprendente y simple que se imprime, como el grabado de un sello, en la memoria. — Esta poesía moral de la India, añade el crítico, tiene para nosotros algo de análogo con los pensamientos de Pascal: « Manifestándose gran experiencia de la vida en aquellos resúmenes de la sabiduría india, que tiene algunas veces la sonrisa del anciano, pero nunca la de la ironía. »

XXI.

Las leyes estaban escritas tambien en un lenguaje ritmado, á fin de facilitar el ejercicio de la memoria.

Los diálogos esplicativos del sentido de dichas leyes y de los dogmas de la religion son uno de los mas admirables monumentos de dicha literatura. — Se cree oír á los Platones del Ganges discutiendo con sus discípulos. — Los mas notables de dichos diálogos se denominan, en efecto, con un título que significa: « Las secciones, es decir: *Cursos de sabiduría*, en los que los discípulos están sentados al pié de sus maestros y escuchan su palabra. »

Otros fragmentos morales, contenidos en los inmensos poemas indios, se llaman el *Canto del Señor* ó del Altísimo. — El filósofo, transformado en poeta para atravesar la imaginación del pueblo, canta la *Ley de la salvación del alma*, ó de su emancipación de los lazos de la materia.

Esos poemas gigantescos de doscientos mil versos son las pirámides de Egipto de la literatura. — Se los mide con misterioso terror, y no se adivina bien su destino, porque no están hechos por la mano del mismo hombre, y cada siglo parece haber puesto su piedra en ellos. Son épocas medio divinas y medio humanas, de aquellas teologías sucesivas de la India: las tradiciones populares, los misterios sacerdotales, y aun las historias nacionales, están confundidos y cantados en una poesía tan pronto heroica como sagrada. — Las fábulas celestes y las conquistas de los héroes están cortadas á menudo por episodios místicos ó romancescos, que las hacen parecer á una *Biblia poética*, en que las legislaturas de Moisés y los misterios de Jehovah estuviesen mezclados con cuentos maravillosos de la imaginación árabe ó persa.

Son episodios sobre todo; episodios tan vastos como poemas, y que han sido traducidos despues de la conquista de la India por los eruditos, en inglés, en alemán y algunos en francés.

XXII.

Despues de la poesía que canta, ó por mejor decir *lírica*, viene la que piensa que es la *filosófica*; y la *épica* ó la que cuenta, que es la obra maestra del espíritu humano. — Muchas de las principales razas humanas, llamadas naciones, no han dejado mas señal de su existencia en el mundo, que un poema épico. — Es bastante, sin embargo, para tener una memoria eterna de él, porque un poema épico resume el mundo entero.

La India tiene dos. — Dichos poemas, hemos dicho, no son de un solo hombre. — El pueblo parece que ha querido elevarse á sí mismo de siglo

en siglo, esos prodigiosos monumentos, á semejanza de los templos de Atenas y de Roma, á los cuales cada generación añadia una hilada de piedras. — Esos dos poemas, nacidos del océano de los recuerdos, en los cuales venian á recogerse y conservarse las tradiciones religiosas, heroicas, nacionales y populares de la India, son el *Mahabarata* y el *Ramayana*.

Así como la Iliada y el Odiseo, que son las dos epopeyas del mundo griego, fueron evidentemente cantos populares y tradiciones confusas de los pueblos helénicos, antes de que fueran compendiados, coordinados y cantados divinamente por Homero; lo mismo los poemas épicos de la India, el *Ramayana* y el *Mahabarata*, no fueron en su principio mas que narraciones heroicas y sistemas religiosos, reunidos, combinados y cantados por los últimos poetas, autores de dichos poemas.

Sea cual fuere la fecundidad del pensamiento, la imaginación de un hombre no bastaria para crear esa multitud de fábulas sagradas ó narraciones populares. — Un poeta épico no es en si mas que un historiador que canta, en vez de escribir. — Para que una nación escuche y conserve esas narraciones cantadas, es necesario que lo que le canten, esté aceptado anteriormente como una verdad en sus tradiciones. — Tales poemas son siempre para un pueblo los archivos ilustrados de sus creencias, sus costumbres y sus acontecimientos nacionales, ó al menos sus fábulas teogónicas. — Este es el carácter de las grandes epopeyas de los indios.

XXIII.

El *Ramayana* es sobre todo un poema simbólico. — Se reconoce en él el manantial en que bebió la mitología griega, alterándolo sin embargo; y la fábula de Proserpina es una prueba de ello. Juzgad.

Hora, joven tan pura como virgen, la robó á su madre, en la flor de su edad, el dios del abismo ó del inferno, Damato. — Este dios se casó con

ella y la llevó, á pesar suyo, á un mundo inferior y subterráneo, en el cual se trasformó en reina de los muertos; pero su esposo se la devolvía todos los años por cierto tiempo á su madre; por lo que reaparecía en el verano en el tiempo de la cosecha, época en la cual las almas de los muertos se ocupan particularmente de los vivos, asegurándoles el trigo y el arroz que es el alimento de aquellos mortales.

Sila, la heroína de la epopeya india, es la *hija de los Surcos*: en vez de nacer en el mar como la *Venus griega*, nace de un surco, bajo la reja del arado del rey labrador, su padre.

En dichas fábulas se reconoce el distinto genio de los filósofos ó poetas que las inventaron y las hicieron aceptar á los pueblos: los Griegos, que eran pueblos insulares ó marítimos, hicieron nacer la Diosa de la vida del seno de las aguas; y los indios que, por el contrario, eran pueblos agrícolas, la hicieron nacer en un campo labrado.

Alrededor de esta fábula simbólica es donde se grupan y se suceden las narraciones épicas de la conquista de la India meridional y la isla de *Ceylan*, por los héroes de las montañas — Citaremos algunos fragmentos de esos poemas, traducidos por intérpretes hábiles del idioma sanscrit, en el cual están escritos dichos poemas. — El genio heroico y el sacerdotal se confunden, ora en las narraciones de las batallas, como en las delicadezas espiritualistas de la moral y la teología. — Se conoce que son tradiciones guerreras, conservadas y trasfiguradas por los sacerdotes.

XXIV.

El motivo de la gran epopeya indiana de *Mahabharata*, es la guerra de dos grandes razas y de dos dinastías que se disputaron en tiempos inmemoriales, la posesion de las llanuras de la India. — No existe en ningun idioma un cuadro mas grandioso que el de la ruina del partido vencido y de la muerte de la familia real. — Priamo, Héctor, Hécula y el hundimiento de Troya de Homero, no tienen esa repercusion de las caídas de los imperios en el corazon del hombre. — La escena de las lamentaciones de las mujeres y los ancianos sobre los cadáveres de sus esposas y sus hijos, parece que esta escrita por un gigantesco antepasado del Eschilo. — Al fin del poema, el último de los héroes vencidos se eleva de cima en cima para huir de la muerte, hasta la alturas del Himalaya, que son los Alpes de la India, en donde los dioses lo recibieron en un carro aéreo para darle asilo en el cielo. — En el momento de entrar con su perro que era el solo que lo habia seguido hasta aquellos limites del mundo, le prohibieron la entrada del animal; y entonces el héroe relusó el cielo, si no le era permitido introducir en él á su compañero, y los parientes y amigos que habia dejado en las angustias de la vida terrestre. — Los dioses enternecidos al ver tanta abnegacion, lo admitieron en las regiones celestes con sus parientes y allegados. Este es el simbolo del sacrificio de sí mismo por amor á los hombres, ejemplo de esa caridad que agrada á los dioses, y que se estiende además de los hombres á toda la creacion animada é inanimada. — Un sabio traductor francés (llamado M. Edouard Foucaux), de la Sociedad asiática de Paris, publica dicho fragmento traducido en el momento en que publicamos estas líneas. — Las reproduciremos en todo su esplendor.

(Se continuará.)

SECCION RELIGIOSA.

INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

EFEMERIDES RELIGIOSAS.

Las verdades de Dios se hallaban desterradas de la tierra. Todo se hallaba oscurecido por las tinieblas de la idolatria. Los pueblos mas civilizados tenían las mas ridiculas religiones.

Desde el momento en que la cruz de Jesucristo apareció en el mundo, inmediatamente que se predicó la muerte y el suplicio del Hijo de Dios, callaron los falsos sacerdotes y se conmovió poco á poco el culto de los ídolos. Por último, fueron derribados. El mundo abrió los ojos para reconocer á Dios creador, y se asombró de su ignorancia. La estravagancia del cristianismo fué mas fuerte que la mas sublime filosofía. La sencillez de doce pescadores sin recursos, sin elocuencia, sin arte, ha cambiado la faz del universo. Los apóstoles han cogido á todos los pueblos en sus redes para conquistarlos á Jesucristo por medio de su cruz. Mientras Jesus ha conversado con nosotros, cuando hacia aquellos extraordinarios milagros, cuando salian de su boca aquellas palabras de vida eterna, tuvo pocos sectarios: sus mismos amigos se avergonzaban con frecuencia de verse colocados bajo la disciplina de un maestro tan despreciado; empero subió sobre la cruz; murió en aquel infame madero, y entonces todos los pueblos se precipitaron hácia él. ¡Nuevo é incomparable prodigio! Maltratado y perseguido en la vida, comienza á reinar despues de su muerte. Su doctrina toda celestial, que debia hacerle respetar por todas partes, lo hace enclavar en la cruz, y aquella cruz infame, que debia hacerle despreciar por todas partes, lo hace venerable en todo el universo. En cuanto pudo estender los brazos, todo el mundo corrió á arrojarle en ellos. Tan pronto como se ha alzado de la tierra, segun lo habia predicho en su Evangelio, ha atraído á él todas las naciones, y ha cambiado el instrumento del mas infame suplicio en el signo de la redencion: al caer de la cruz al sepulcro todos los pueblos cayeron á sus piés. Veamos esa afluencia de gentes que en todas partes de la tierra acuden á la cruz de Jesus, que no solo se glorian de llevar su nombre, sino que se apresuran á imitar sus padecimientos, á verse deshonrados por su gloria, á morir por su amor. Si alguno entre los antiguos despreciaba la muerte, se admiraba aquella firmeza, aquel valor, como una cosa casi inaudita. Gracias á la cruz de Jesucristo, esos ejemplos son tan comunes entre nosotros que su abundancia impide enumerarlos. La cruz todopoderosa familiarizó á los cristianos con el horrible fantasma de la muerte, que es el horror de toda la naturaleza.

El mundo se cansó antes de matar cristianos que estos de padecer. Se agotaron todas las invenciones de la crueldad para quebrantar la fé de nuestros padres: se emplearon en esto todas las potestades del mundo; empero este ciego furor consolidó lo que pensaban destruir. Por la cruz Jesus resolvió conquistar todo el mundo, y por eso ha impreso esa cruz sobre los cuerpos de sus valientes soldados, asociándose á sus padecimientos. Por eso vencieron á todos los pueblos y desarmaron á sus perseguidores.

La Cruz de Jesucristo es preciso que sea adorada por toda la tierra: su imperio no tendrá límites, porque no los tendrá tampoco su poder; estenderá su dominacion hasta las provincias mas lejanas, hasta las islas mas inaccesibles, hasta las naciones mas desconocidas. Los Bárbaros, los Griegos, los Escitas, los Arabes, los Judios, todos los pueblos, en fin, harán juntos un nuevo reino, que tendrá por su ley el Evangelio, á Cristo por jefe, á la cruz por estandarte. La misma Roma, esa soberbia ciudad despues de haberse embriagado por tres siglos con la sangre de los mártires de Cristo, Roma tuvo que humillar su cabeza y llevar mas lejos sus conquistas por la religion de Jesus, que las habia llevado por sus armas; y la hemos visto tributar mas honores al sepulcro de un pobre pescador, que al templo de su fundador Rómulo.

Los Césares vinieron á postrarse al pié de la cruz. Jesus crucificado quiso ver abatida á sus piés la majestad del imperio. Constantino, ese triunfante emperador, alzó, despues de tres siglos de persecuciones para el cristianismo, el estandarte de la cruz sobre las águilas romanas. Con la cruz venció á los tiranos; con la cruz dió la paz á su imperio; con la cruz afirmó su dinastia. La cruz fué su único trofeo, porque publicó alta-

mente que á ella debia todas sus victorias. Las manos imperiales de Flavia Julia Elena, su madre, fueron á cavar la tierra para levantar y exaltar el sagrado madero de la cruz.

Dios condujo á Elena á Jerusalem para buscar la cruz del Hijo Unigénito. Aquel glorioso trofeo de la redencion habia sido el objeto especial del celo de Constantino. En el concilio de Nicea habia ordenado á San Macario, obispo de Jerusalem, que hiciese escavaciones para tratar de descubrir las santas reliquias de la pasion. Elena viene á la Palestina, soporta con admirable fuerza la vejez y el cansancio. Habiendo obtenido del emperador la autorizacion para limpiar de la idolatria la tierra Santa, y destruir los templos impuros y sacrilegos edificadas sobre el Calvario, se consagra á tan generosa empresa. Encuentra á Jerusalem profanada por los hombres impios, que trataban de borrar los menores vestigios de Cristo. Bajo la proteccion imperial de Adriano, habian levantado una estatua á Venus, donde el Salvador del mundo sufrió la muerte por los hombres, y otra estatua á Júpiter, donde habia resucitado. Elena visitó todos aquellos lugares benditos, los purificó y los adornó con magnificencia. Una antigua tradicion vagaba sobre todos los labios: referia que los discipulos, no habiendo tenido atrevimiento ni medios para llevarse el madero de la Santa Cruz, los judios, aquellos conservadores impotentes de toda verdad, lo habian ocultado debajo de la tierra en el sitio mismo del Sepulcro. Elena no podia sufrir verse en el brillo y en la magnificencia de una emperatriz, mientras que el estandarte de nuestra salvacion yacia oculto en el polvo y sofocado bajo las ruinas. Recurrió á la oracion; consultó á los cristianos; hizo venir á judios célebres, y todos unánimes convinieron en el sitio donde habia padecido Jesucristo.

Empleó una legion romana en hacer escavaciones, despues de haber ahondado profundamente la tierra, descubrió el Santo Sepulcro, cerca del cual halló tres cruces con el titulo que se habia puesto sobre la de Jesus, y los clavos que habian taladrado su cuerpo. Fácil fué conocer que una de aquellas cruces era la que se buscaba, y que las otras eran las de los ladrones, en medio de los cuales habia espirado Jesus. Recurrió á la luz de Dios. San Macario, obispo de Jerusalem, propuso apelar á un milagro, para reconocer la verdadera cruz y no esponerse á dar culto á las que no merecian sino desprecio. Llevadas las tres cruces á casa de una mujer peligrosamente enferma, y aplicadas las dos primeras no produjeron efecto alguno. Estendida sobre la tercera, la impresion de Jesucristo que habia muerto en ella como hombre, se dejó sentir inmediatamente. La enferma se levantó repentinamente curada al contacto de la cruz que habia servido á la redencion y regeneracion del mundo. Apreció aquel tesoro mas que todas las riquezas de la tierra la emperatriz Elena, y adoró aquel sagrado madero: no al madero mismo, dice San Ambrosio, porque seria imitar el error de los paganos, sino al Rey de los cielos que habia estado enclavado en él, y que desde allí habia rogado á su padre para que perdonase los pecados de los que le habian crucificado. La emperatriz fundó en el mismo sitio en que habia sido hallado aquel tesoro una magnífica iglesia donde lo depositó con gran veneracion en un riquísimo estuche. Dió una parte de aquel rico tesoro á su hijo que por aquel signo habia conseguido sobre el paganismo tan gran triunfo: y ella misma fué á llevar esta preciosa parte de la cruz á Constantino.

El historiador Sócrates dice: que, segun la creencia de todos los de Constantinopla, Constantino hizo poner el pedazo de la cruz que su madre le habia llevado en una de sus estatuas que hizo colocar algun tiempo despues sobre una columna de pórtico en la plaza de Constantinopla que llevaba su nombre, creyendo que aquel madero seria la salvaguardia y el *paladium* de la nueva capital del imperio. San Ambrosio asegura que Elena empleó uno de los clavos en hacer un bocado para el caballo de Constantino, y colocó el otro sobre uno de sus cascos de guerra en forma de corona. Esta es la famosa corona de

hierro de Milan que se conserva con gran veneración en la catedral de Monza. Por último, hizo arrojar el tercer clavo en el mar Adriático para impedir la frecuencia de las tempestades, lo que concedió Dios á su fé.

Una parte de la cruz existe en la iglesia que fundó en Roma, que aun hoy se conserva bajo el nombre de *Santa Cruz de Jerusalem*. Regaló á esta iglesia la inscripción de la cruz del Salvador: pusieronla en lo alto de un arco en donde fué hallada en 1492, encerrada en una caja de plomo. La inscripción que se halla en hebreo, en griego y en latín, es de letras encarnadas y sobre madera pintada de blanco.

La Iglesia ha consagrado desde el siglo v el tercer día del mes de mayo á la solemnidad de la invención de la cruz, y el 14 de setiembre á celebrar la exaltación de la misma, por el milagroso triunfo que consiguió el emperador Heraclio rescatándola del poder de Cosroes, rey de los Persas.

El sagrado leño de la cruz es la única esperanza del mundo. Con el signo de la cruz, con el signo de la libertad moral, hemos sido marcados al entrar en este mundo, y cuando llegue nuestra última hora, nuestras manos heladas por la muerte no llevarán sino una cruz de madera ó de cera á la oscuridad del sepulcro. ¡Todas las demás cosas, por innumerables y cuantiosas que sean, tendremos que abandonarlas!!

Efemérides religiosas.—3 de mayo de 1324. Institución de los juegos florales en Tolosa de Francia. Antes del año 1324, algunos habitantes de Tolosa habían formado ya una Academia que fué como la cuna de la que se llamó los Juegos florales. Hacia mucho tiempo que en aquella ciudad se cultivaba la poesía provenzal. Siete de sus principales habitantes, aficionados todos á las bellas artes, discurrieron para excitar la emulación proponer un premio para el que sobresaliese en este género de poesía. Escribieron en versos provenzales una carta circular en que calificándose la *gaya sociedad de los siete trovadores*, invitaban á todos los poetas de los diferentes países de la *Lenqua de Oc*, á presentarse en Tolosa para dar lectura de sus obras, prometiendo una violeta de oro al autor de la composición que se creyese digna de ser coronada. El asunto debía de ser piadoso en honor de Dios ó de la Santísima Virgen ó de los santos.—Acudieron de todas partes el día señalado al punto donde los *siete mantenedores* ó asociados tenían costumbre de reunirse: allí se leyeron públicamente los diferentes poemas que se presentaron: al día siguiente se examinaron en particular. Por último, el día inmediato la *joya* de la violeta fué adjudicada al trovador Pedro Vidal de Castelnaudury, que al mismo tiempo fué creado doctor en la *gaya ciencia* ó poesía.

La naciente Sociedad de los juegos florales recibió muy pronto un nuevo brillo y esplendor por la inmortal liberalidad de una dama tolosana. Clemencia Isaura, queriendo dar un testimonio de su afición á las letras, legó por su testamento una renta destinada á sufragar los gastos de las flores que se distribuían todos los años: estas flores eran ya en número de tres. Los capitulares de Tolosa reconocidos, la levantaron una estatua de mármol blanco, que debía de colocarse en la iglesia de la Daurada, sobre su sepulcro, pero que se tuvo por mas conveniente instalar en el salon donde se había trasladado la Asamblea de los siete mantenedores. Todos los años el 3 de mayo, día de la distribución de los premios, se la corona de flores.

La Academia de los juegos florales, considerablemente aumentada desde su fundación, no ha perdido jamás de vista las intenciones de los que la establecieron: ha estimulado con rara perseverancia, digna de todo elogio y muy meritoria en el siglo en que vivimos, la literatura pura y moral, y sus coronas jamás recaen sino sobre poemas de que la religión y el buen gusto pueden igualmente gloriarse. Ahora distribuye un mayor número de premios, y no señala los asuntos de que se ha de tratar; empero fiel á su origen, consagra todos los años una azucena de plata á la mejor composición que se envía en elogio de la Santísima Virgen.

En este año de 1859, en Barcelona, se ha fundado una Academia de juegos florales bajo iguales bases, y con igual piadoso interés que la de Tolosa; y los siete mantenedores han publicado ya su circular, ofreciendo flores de oro y plata á los mejores cantores de las glorias del Redentor del mundo. ¡Piadosa importación del extranjero que nos prometemos echará hondas raíces y florecerá en nuestra católica patria.

3 de mayo de 1758. Muerte del papa Benedicto XIV. Despues de seis meses y once dias de cónclave, por el teson con que las potencias europeas se disputaron el hacer triunfar en él su influencia, el cardenal Próspero Lambertini, obispo de Bolonia y natural de aquella ciudad, fué elevado al trono de San Pedro y tomó el nombre de Benedicto XIV. Reinó diez y ocho años: de 1740 á 1758. Con él se sentaron en la cátedra de San Pedro la virtud, la ciencia y la tolerancia, dotes tanto mas necesarias en medio de los rápidos progresos que hacia en Europa la filosofía francesa. Así calmó las contiendas religiosas y dulcificó las persecuciones que se ejercian en cumplimiento de la bula *unigenitus*: reformó á los jesuitas de Portugal, protegió y cultivó la literatura y las ciencias, dejando un gran número de obras que testifican sus grandes talentos. Celebró con Fernando VI, rey de España, un concordato en 1733. El anterior concordato que con Felipe V había celebrado en 1733 Clemente XII, había producido quince años de disputas y acaloradas negociaciones para su inteligencia. Este lo aclaró y arregló todo.

6 de mayo de 1678. Muerte de Janseunio, obispo de Ipres. Janseunio es muy célebre por sus obras, en las que el papa Inocencio X condenó cinco proposiciones. Murió herido de la peste en medio de su rebaño, al que, como digno obispo, había consagrado todo su celo, toda su vida.

7 de mayo de 1177. Sebastian Ziani, dux de Venecia, derrota la armada naval del emperador Barbaroja, y restablece con esta victoria la tranquilidad en toda la Italia, y liberta al papa Alejandro III, perseguido entonces por el emperador y refugiado en Venecia. En reconocimiento de este servicio, Alejandro III salió á la playa á recibir al vencedor, lo abrazó y le puso un anillo de oro en el dedo, diciéndole: «Servios de este vuestro yugo el mar Adriático: y como de un simbolo de union conyugal para desposaros con él, á fin de que os esté tan sumiso cual una esposa á su esposo....»

Tal es el origen del desposorio del dux con el mar, ceremonia que se renovaba con pompa todos los años el día de la Ascension.

11 de mayo de 1330. El emperador Constantino hace la dedicación de Constantinopla, cuyos cimientos había echado el 26 de noviembre del año anterior, trasladando allí la sede de su imperio por haber cedido la ciudad de Roma á los pontífices cristianos.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

Máquinas.—*Máquinas simples.*—Del tiempo y de su medida.—Reposos y movimientos absolutos y relativos.—Inercia de la materia; sus leyes y principios.—Fuerza de inercia.—La acción es siempre igual y contraria á la reacción.—Exámen de los movimientos de los cuerpos.—Movimiento uniforme.—Importancia de los mismos, en la mecánica industrial.

Al terminar el artículo primero que hemos dedicado al estudio de la mecánica industrial, véase el número 19, espusimos la definición de las máquinas motoras ó de los receptores; hoy damos, pues, comienzo á este, manifestando que se denominan simplemente *máquinas*, los aparatos que se emplean para efectuar los trabajos industriales, comunicando y trasformando el movimiento que reciben de los receptores, de una manera apropiada á la naturaleza de las faenas que tienen que desempeñar. A este número corresponden los

diversos mecanismos que hilan, tejen é imprimen las materias textiles y aparatos que trituran los trapos, y que fabrican con las pastas que estos procuran el papel; los diferentes artefactos que elevan las aguas, y en una palabra, cuantos mecanismos vemos funcionar en todos y cada uno de los ramos industriales.

Reciben el nombre de *máquinas simples*, los sistemas elementales que intervienen en la composición de las máquinas en general, y cuyo estudio y exámen facilita así el de estas como el de los receptores: á dicho número pertenecen, por ejemplo, la palanca, el plano inclinado, etc.

Digamos desde luego, que ninguna de las máquinas que hemos enumerado, aumenta, ni puede aumentar la acción que trasmite; si representamos por la unidad el esfuerzo que reciben, bien sea del motor respecto á los receptores, ó de estos relativamente á las demás máquinas ó á sus elementos, el esfuerzo que nos procuran, es, en todos los casos, una fracción ó una parte de esta unidad, sin que llegue nunca ni pueda llegar al valor de la misma.

Las definiciones del tiempo que podríamos formular, jamás nos pondrían de manifiesto la evidencia de la idea por todos concebida relativamente á este fenómeno. Los cuerpos que en tiempos iguales recorren constantemente espacios siempre iguales, sirven de medida al tiempo, ó sea á la no interrumpida sucesión de acontecimientos ó movimientos siempre iguales. Para medir los fenómenos que desean apreciarse, se obtienen diferentes unidades de tiempos iguales que se suceden sin interrupción, con cuyo trascurso se estima la duración de los fenómenos que se quieren evaluar.

La observación de los movimientos celestes, desde la mas remota antigüedad, se emplea para determinar las grandes unidades de tiempo, como son los años, los meses y los dias; para periodos mas breves, recurrimos á movimientos mas rápidos y de mas fácil observación, que nos indican las horas, los minutos, los segundos y las fracciones que á estos se refieren. La unidad de tiempo que comunmente se emplea en el estudio de la mecánica industrial, es el *segundo*, á cuya unidad se contraen constantemente las observaciones mecánicas, siempre que no se consigne otra; pues la velocidad de los buques, por ejemplo, se aprecia por el número de millas que recorren por hora; la de las locomotoras por el número de kilómetros que andan tambien por hora; y al tratarse de las máquinas motoras y de los órganos mecánicos dotados de un movimiento circular, se estima su velocidad, manifestando el número de revoluciones que efectúan en un segundo ó minuto.

Reposo absoluto sería la privación completa del movimiento, y del cual no nos ofrece ejemplo ninguno de los cuerpos que en el universo existen. *Movimiento absoluto* de un cuerpo sería un cambio de posición respecto de otro cuerpo que se encontrase en estado *absoluto de reposo*; pero faltos de movimientos y reposos absolutos, á causa de la eterna rotación del planeta en que vivimos, solo podemos ocuparnos de los dos estados á los cuales nos referimos, bajo un punto de vista *relativo*; es decir, que al estudiar los dos accidentes á los cuales nos contraemos, diremos que un cuerpo se encuentra en *movimiento*, cuando ocupa diferentes posiciones en el espacio, con relación á los cuerpos que decimos encontrarse en *reposo*, por ocupar constantemente una posición que no varia relativamente á los que, segun nuestra definición, se encuentran en movimiento.

Al estudiar el movimiento de un cuerpo, se hace comunmente abstracción de sus dimensiones, para ocuparse tan solo de uno de sus puntos en el cual se concibe reunida toda su materia; pudiendo así, con mayor facilidad, investigar la série de posiciones que ocupa el cuerpo y la generación de la línea recta ó curva descrita por dicho punto, recibe el nombre de *trayectoria*. Segun sea esta, recta ó curva, se denomina *rectilínea* ó *curvilínea*, y en este último caso en consonancia con la naturaleza de aquella, así se califica el movimiento, que puede ser *circular*,

parabólico, etc., según sea la curva una circunferencia ó una parábola, etc.

La *inercia* es una propiedad negativa: la ineptitud inherente á la materia para pasar del estado de reposo al del movimiento, y para modificar este, cuando se encuentra animado por él, debido á la acción de una fuerza. Por ser inerte la materia, resiste pasivamente, puesto que no posee ninguna causa virtual de movimiento, á toda perturbación de su estado particular de movimiento ó de reposo; así es, que la inercia es la resistencia extraña á toda causa exterior que se desarrolla en los cuerpos, cuando se modifica su estado de reposo ó de movimiento. Pueden formularse las leyes fundamentales que se refieren á la inercia diciendo: que todo cuerpo en reposo, permanece constantemente en reposo, á no ser que fuerzas extrañas le pongan en movimiento, y recíprocamente, que todo cuerpo en movimiento, solo puede modificarlo ó cesar en él, por el concurso de fuerzas ó resistencias extrañas. De estos principios se deduce, que todo cuerpo en movimiento debe moverse en línea recta, pues pudiendo considerarse como línea recta el primer elemento de su trayectoria, no existe razón alguna para que, inerte la materia, se desvíe de su dirección primitiva. A más, el cuerpo recorrerá espacios iguales en tiempos también iguales, porque la ineptitud característica de la materia no puede modificar por sí la impulsión que ha recibido. Por lo tanto, si varía el movimiento de un cuerpo; si cesa en él, ó varía la trayectoria que recorre, son todas circunstancias originadas por fuerzas, obstáculos ó resistencias extrañas á la materia, las que causan estos accidentes.

Puesto que es indispensable el concurso de una fuerza para cambiar el estado de movimiento ó de reposo de un cuerpo, para vencer la resistencia que presenta la materia á dichos cambios, se deduce lógicamente que dicha resistencia debe ser proporcional á la masa de los cuerpos y á la rapidez del movimiento que quiere imprimirseles; é inversamente proporcional al tiempo; es decir, que la mayor ó menor intensidad, dependerá de la mayor ó menor velocidad de los movimientos y de la masa de los cuerpos, cuya inercia desea vencerse, aumentando dicha resistencia en la misma relación que disminuye el tiempo en que quiere imprimirse la velocidad. Por consiguiente, la inercia es una resistencia esencialmente variable. Para un mismo cuerpo, sea muy pesado ó muy ligero, puede variar desde cero al infinito, según la velocidad que se imprima al movimiento. Una fuerza muy exigua será capaz de mover una masa muy pesada, pero con notable lentitud. Así notamos, por ejemplo, que dos ó mas hombres mueven una locomotora sobre los rails, venciendo á mas de la inercia, la adherencia y la resistencia á la rodadura, que son causas exteriores, extrañas á aquella.

En cambio, cuerpos muy ligeros desarrollan una resistencia de inercia considerable, como acontece respecto á una bala de cañón atada al extremo de una cuerda, que no puede arrastrar tras sí, produciendo su rotura por el esfuerzo resistente de la inercia.

Si algunos hechos, al parecer, se encuentran en desacuerdo con los que acabamos de citar, consiste generalmente en que los cuerpos no se hallan siempre espuestos tan solo á la inercia, y que causas exteriores puestas muchas veces en olvido, como son la pesantez, la resistencia del aire, la adherencia de las moléculas en contacto y otras varias fuerzas, modifican los movimientos que quieren imprimirse á los cuerpos. El estudio de los efectos de la inercia nos explica infinidad de hechos que presenciarnos, y de los cuales nos ocuparemos en el transcurso de estas *Lecturas*.

Se denomina *fuerza de inercia*, toda fuerza que actúa sobre un cuerpo para vencer únicamente su inercia.

Uno de los principios fundamentales de la mecánica, que importa recordar, es el que la acción es siempre igual y contraria á la reacción; es decir, que cuando dos cuerpos se oprimen, chocan ó efectúan entre sí esfuerzos de flexión, de tracción, etc., se desarrollan en los puntos de

contacto ó en los que se aplican dichas acciones, esfuerzos mutuos, iguales y contrarios: unos originados por la acción, y otros por la reacción de la materia. Este axioma mecánico sirve para explicar infinitas circunstancias que se notan en la reacción que los cuerpos ofrecen á la acción de las fuerzas.

El examen del movimiento de un cuerpo debe efectuarse, con relación á la naturaleza de la trayectoria que recorre, y á los tiempos que ha tardado el cuerpo en recorrer las diversas porciones de su trayectoria; es decir, que para clasificar la índole de los movimientos, es preciso conocer la relación que media entre los caminos recorridos y el tiempo empleado en recorrerlos. Según este principio, cuando los caminos recorridos en intervalos de tiempo iguales y sucesivos, cualesquiera que sean estos intervalos, son constantemente iguales, el movimiento se denomina *uniforme*. Manifestemos desde luego que en la mecánica industrial, por ser la acción de las fuerzas de que se ocupa, esencialmente variables, y por la naturaleza de los órganos intermediarios á que recurren para la trasmisión de las fuerzas, no existen en realidad movimientos uniformes, según la definición que hemos formulado; sin embargo, en la práctica se consideran como uniformes, aquellos cuya irregularidad es poco sensible. Por lo mismo, apreciamos como movimiento uniforme el de una máquina de vapor, el de una locomotora ya en marcha, el de una rueda hidráulica, etc., etc.

Digamos también, que la uniformidad del movimiento, es una condición general y esencial de los trabajos mecánicos, tanto bajo el punto de vista teórico, como respecto á la economía de las operaciones industriales, y á la perfección de los productos que elaboran las máquinas. Los movimientos uniformes exentos de choques, de variaciones en su velocidad, aceptan piezas de poco peso, de formas esencialmente resistentes, operadores que actúan sobre las resistencias útiles de una manera continua, disminuyendo visiblemente las resistencias pasivas. Por lo tanto, conviene, en la mecánica industrial, emplear todos los medios posibles para obtener movimientos uniformes, sin omitir ninguna circunstancia para que satisfagan completamente en la práctica, la definición que del mismo movimiento hemos dado.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

EL JARDINERO DE LOS SALONES

Ó ARTE DE CULTIVAR
LAS FLORES EN LAS HABITACIONES, EN LAS
VENTANAS Y EN LOS BALCONES

POR ISABEAU

VERTIDA DEL FRANCÉS AL CASTELLANO POR

D. JOSE BRUN Y PAGES.

(Continuacion.—Véase el n.º 19).

CAPÍTULO VII.

DE LOS INJERTOS EN EL INVERNÁCULO PORTÁTIL.

Del injerto en general: recursos que ofrece el injerto para fijar las subvariedades fugitivas: advertencia sobre los injertos posibles: tomates en patatas.—Arroz en alpiste.—Injerto del Naranja: modo de hacerlo: atadura con hilo de lana.—Aplicación del mismo injerto.—Injerto á la Pontoisa.—Injerto de Camelia.—La Camelia en su país natal.

Del injerto en general.

Antes de conocer la manera de hacer los diferentes injertos que son del dominio de la horticultura de salón, deseas sin duda, lector, saber algo de lo que es el injerto considerado bajo un punto de vista general. El injerto es, si me es permitido emplear esta palabra, un matrimonio forzado, frecuentemente mal avenido, y cuyos resultados no pueden ser felices sino cuando los dos individuos, reunidos sin haber sido consul-

tados, son muy próximos parientes, es decir, cuando pertenecen á especies ó variedades muy próximas las unas á las otras. Hemos hecho con buen resultado en el invernáculo frío ó caliente, diversos géneros de esquejes: el injerto es un esqueje de otro género. En lugar de poner en la tierra este esqueje para que viva de sus propias raíces, se pone en una parte descortezada de otro vegetal; y en lugar de echar raíces para continuar viviendo, el injerto se asimila al objeto á que se le ha agregado, y vive de los alimentos que de él recibe, sin cambiar su naturaleza propia y sin cambiar en nada la del que le alimenta. Así es, que has podido observar en los jardines, que si en un ciruelo se ha colocado un injerto de albaricoque, los renuevos que nacen mas arriba del injerto, son renuevos de ciruelo; así como si se injertase un rosal silvestre de un rosal de cultivo, y echase renuevos solo por debajo del injerto, las ramas todas serian de rosal tan silvestre como si no se hubiese injertado. De esto se desprende que el injerto es uno de los resultados mas curiosos y útiles de la horticultura, y á él se debe que variedades y subvariedades fugitivas, que no se pueden multiplicar por semilleros, y que son difíciles de conservar por esquejes, se fijen y propaguen indefinidamente.

Advertencia sobre los injertos posibles.

Quiero hacerte saber, lector, para siempre que el dominio de los injertos posibles es muy vasto, y que hasta ahora no ha sido completamente examinado. Sales como todo el mundo, que se injertan los árboles frutales y los rosales: yo quiero tener el placer de hacerte injertar en un invernáculo portátil Naranjas y Camelias; y que cuando te dediques á la jardinería en los balcones de tu habitación, quisiera que en un cajoncito sembrases una sencilla y modesta patata, para que tuvieras el gusto de injertar sus tallos con renuevos de tomates. Estos renuevos florecerán y darán su fruto, mientras que la vegetación de la patata seguirá su marcha é irá formando sus tubérculos. Por remate de cuenta, cogeras patatas para preparar un plato, y tomates bastantes para la salsa de una entrada de vaca. Te apuesto á que esta salsa de tomates te parecerá mejor que todas las que de lo mismo te prepare tu cocinera, aun que sea de las mas afamadas de París.

Cuando tengas Acuario (mas adelante te explicaré lo que es), podrás cultivar en él arroz, que llegará á perfecta madurez, injertarás los renuevos de arroz en rosales del género *Phalaris*, y verás que no por eso dejan de crecer los renuevos, ni que en ellos se forman menos espigas. Si te indico ahora estos hechos, es para prepararte á apreciar bien cuanto se puede hacer por medio del injerto con solo la horticultura de gabinete.

Injerto del Naranja.

Tienes arbustos jóvenes de un año que provienen de las pepitas de naranja ó limón de tu semillero: tienen el grueso de una pluma; su madera tiene consistencia, su vegetación es vigorosa; pues ya es tiempo de injertarlos. Tomemos para injertos renuevos jóvenes de naranjo de la China de hojas de mirto: esta es una de las mas hermosas variedades de cultivo en gabinete, ya por sus flores numerosas de olor suave, sin ser fuerte, ya por los frutos que las suceden, y que pueden confitarse con almibar, ó aguardiente, y proporcionar, bajo el nombre de *Chinos*, las delicias de una clase numerosa de consumidores.

Hacia la mitad de la planta, escoges una hoja bien verde y bien formada; en el nacimiento de esta hoja, es decir, en el punto donde sale del tallo, hay un ojo que acabará por abrirse para producir una rama lateral. Con una navaja recién afilada, cortas oblicuamente la madera por debajo y por encima del ojo, pero sin que se le caiga la hoja. De aquí resultará una muesca cuya forma y dimensiones examinarás con cuidado. Hecho esto, cortarás con la misma navaja, por debajo, la pequeña rama de naranjo de hoja de mirto, destinada á servir de injerto; de modo

que se ajuste muy exactamente á la muesca, pero como el injerto puede decirse que queda solo en equilibrio, de tal modo, que hasta que la union se haya verificado, el menor choque le haria caer; no te olvides de sujetarlo con una buena ligadura. Aqui hay una dificultad, pero que con un poco de cuidado se puede salvar fácilmente. Si aprietas muy poco la ligadura del injerto, no servirá para evitar lo que pudiera comprometer el resultado; si la aprietas mucho, impedirás la circulacion de la sávia, y habrás estrangulado el injerto, como dicen los jardineros. Ten, pues, cuidado de apretar moderadamente la ligadura, de modo que sea bastante para asegurar el injerto, y empleando para ello hilo de lana sin torcer, para que en el caso en que hayas apretado demasiado, se preste por su elasticidad á las exigencias de la circulacion de la sávia, y evitarás la estrangulacion.

Aplicaciones del mismo injerto.

Todos los injertos que de este género puedas hacer en arbustos de adorno de hoja constante, además de los naranjos, y especialmente Daphnes y Mirtos, llenarán tu deseo, siempre que en el momento de injertarlos estén en sávia, es decir, que su vegetacion esté en completa actividad. En rigor, puede decirse que en los arbustos de adorno de hoja constante, la sávia nunca está estacionaria, como sucede en invierno en las plantas que pierden su hoja; pero despues del sério reposo del invierno, la sávia de aquellos adquiere nueva energia, y entonces es la ocasion mas favorable para injertarlos.

Injerto á la Pontoisa.

El principio vital del naranjo es tan activo, que bien se puede confiar á una planta de un año ó año y medio de semillero, un injerto lleno de botones ó yemas próximas á dar flor, y de un diámetro casi igual al de la planta en que se coloca. La union se verifica inmediatamente; el curso de la sávia no se interrumpe, al menos sensiblemente, y los botones ó yemas se abren del mismo modo que si hubiesen permanecido en el arbusto de que se ha sacado el injerto. En todo caso la parte del arbusto que está sobre el injerto, se atrofia de tal modo, que cuando el injerto crece, forma la cabeza del árbol, siendo solo la parte baja del tronco lo que queda de la planta injertada. Si esta especie de injerto, llamada por los jardineros *Injerto á la Pontoisa*, se hiciese al aire libre, la evaporacion que se verifica por las hojas mataria el injerto antes de su emision, y por esto no se puede menos de ahogarlo, es decir, privarlo del contacto del aire. Tus jóvenes naranjos injertados á la Pontoisa, estarán completamente bien, al abrigo de las vidrieras de tu invernáculo portátil, y debes tener mucho cuidado de tenerlas perfectamente cerradas, hasta que los injertos te adviertan por su crecimiento, que la union se ha realizado completamente.

Injerto de la Camelia.

Ahora que ya sabes, lector, cómo se injertan los naranjos, puedes sin mas explicaciones injertar las Camelias sencillas que has multiplicado por medio de esqueje: el procedimiento es exactamente igual, pero cuida de tomar para injerto, como lo has hecho para el naranjo, ramas que tengan yemas en flor, porque no llegarían á darlas, y porque es muy difícil que las ramas con flor se unan á la planta. Debes además estar prevenido de que el injerto de la Camelia no se consigue con seguridad mas que en el invernáculo caliente: sin la ayuda del calor artificial, la sávia de la Camelia, mucho menos activa que la del Naranjo, no bastaría para asegurar el buen resultado del injerto.

Tambien debo advertirte que el injerto te ofrece medios infinitos para rejuvenecer cuando quieras las Camelias viejas que no sean de moda. Injerta en sus ramas, sea la que quiera su edad, renuevos jóvenes de Camelia de la especie que al hacerlo esté mas de moda (porque tambien á la Camelia llega el capricho de la moda), y estos in-

jerjos tomarán siempre. La Camelia en su pais natal es un árbol muy silvestre, de temperamento robusto que apenas puede conservar en los invernáculos de Europa. Si alguna vez te ocurre la idea de hacer un viaje de capricho al Japon, cosa que puede ocurrir á cualquiera, verás que, aunque la Camelia es un árbol sagrado, que se siembra alrededor de los templos, y cuyas flores se emplean en guirnalda en las fiestas religiosas del pais, se la cuida con bien poca ceremonia. Verás bosques enteros de grande estension, donde cada Camelia tiene un solo tallo recto como una vara de lúpulo. ¿Sabes lo que hacen cuando las Camelias han llegado á la edad en que deben cortarse? Hacen de ellas palos de escoba, de azada y otras cosas semejantes, que son su principal destino.

No esperes, si vas al Japon, patria de la Camelia, ver este arbusto encantador, tal como le admiras en Europa. Los jardineros japoneses no han procurado perfeccionarlo. Tus camelias esquejadas é injertadas por ti mismo, llegarán por su belleza tan alto como las de los jardines del emperador del Japon.

CAPÍTULO VIII.

EL ACUARIO DE GABINETE.

¿Qué es un Acuario?—La Victoria régia.—El Acuario de gabinete.—Su construccion.—Qué causas producen la corrupcion del agua detenida.—Manera de evitarlo en el acuario de gabinete.—El Zapatero ó Erizo.—Raras costumbres de este pescado.—Plantas acuáticas para el acuario.—Hidrocharis.—Pontederia.—Mimosa.—Púdica ó Sensitiva acuática.—Arroz injertado en Phalaris.—Modo de injertarlo.—Ranunculo ó Francesilla acuática.—Su vegetacion.

¿Qué es un Acuario?

Ya es hora de que despues de haber escitado tu curiosidad, procure satisfacerla dándote una descripcion exacta de un Acuario. En los grandes jardines, es un invernáculo de forma cuadrada ó elíptica, con dos vertientes, en cuyo interior hay un estanque en el que se cultivan plantas acuáticas de adorno. Te admiras, y quieres hacerme observar que el cultivo de las plantas acuáticas no puede ser recurso del jardinero de los salones. Si así piensas, permíteme que te responda que estás en un grave error, y esto es lo que me propongo demostrarte; pero antes déjame que te explique los por-énore de un Acuario. No tendré que hacer mas que acompañarte á visitar uno de los mas hermosos y mejor adornados de los que hay en Europa: tal es el que forma parte de los invernáculos del Jardin de Plantas de Paris.

Hay en el mundo sabio una clase de hombres esencialmente aventureros, que tienen horror al rincón de un hogar, á la seguridad y al reposo: tales son los botánicos viajeros, siempre en marcha por descubrir rarezas ó novedades vegetales: ya te he hablado de ellos al ocuparme de las plantas crasas enanas de la familia de las Cáceas. Entre las novedades con que estos infatigables indagadores han enriquecido nuestras colecciones de algunos años á esta parte, se encuentra bastante número de plantas acuáticas de las regiones tropicales, y entre ellas, la gran Nenuphar del rio de las Amazonas, la Victoria régia, verdadera reina de las aguas tropicales.

Mientras que el número de plantas acuáticas de invernáculo caliente ha sido poco crecido, se han contentado generalmente con colocarlas bien ó mal en los estanques, sin cuidarse de que el agua que ha de servir para el riego, esté antes detenida hasta que haya adquirido la temperatura de la atmósfera del invernáculo; pero cuando se ha traído á Europa la Victoria régia, cuyas grandes hojas estendidas sobre la superficie de las aguas tranquilas, tienen nada menos que un metro de diámetro, los botánicos han comprendido la necesidad de hospedarla decentemente, asi como á las demas hermosas plantas acuáticas tropicales de grandes dimensiones, en estanques de agua templada, cubiertos de un invernadero caliente, que hoy son muy numerosos en Europa, y que se conocen con el nombre de Acuarios.

Temerás que este preámbulo tenga por objeto aconsejarte que conviertas tu gabinete en un

estanque, que con la ayuda de un termo-siphon puedas mantenerlo en la temperatura de las aguas del rio de las Amazonas, para tener así la satisfaccion de ver crecer y florecer en él á la Victoria régia; pero no temas, se trata de cosa mas hacedera.

Acuario de gabinete.

La casa en que tú habitas tiene fuente, y por tanto los inquilinos rara vez tienen que valerse del aguadero para proporcionarse el agua. Tú tienes un salon en el piso bajo, y bajo ese salon hay una cueva ó sótano abovedado. Estas circunstancias te permiten tener un Acuario de gabinete, cuyas ventajas bajo el punto de vista de la horticultura de gabinete, me falta hacerte conocer.

En el centro de ese salon colocarás una mesa sostenida por cuatro piés en forma de columnas; dos de ellas huecas contendrán dos tubos, el uno para la entrada del agua, y el otro para su salida. En medio de la mesa habra un elegante baño de tierra, bastante grueso para que no se rompa, y sostenido por otras cuatro columnas huecas de cobre bruñido, semejantes á las que contienen los platillos de una balanza. El tubo, encerrado en uno de los piés de la mesa, continuará á través de una de esas columnas; un pico de cisne al extremo de la columna, arrojará con chorro constante el agua en el baño, del cual saldrá por un agujero de un diámetro convenientemente dispuesto en una de las columnas, por el otro lado del baño.

Peces que se deben colocar en él.

Antes de hablarte de las plantas que puede alimentar tu Acuario de gabinete, y antes de hablarte de su cultivo, quiero responder á una objecion que se presenta aquí muy naturalmente. El agua del estanque, dirás, aunque renovada por un pequeño chorro constante, no puede dejar de corromperse y esparcir en mi habitacion un olor pantanoso, tan perjudicial como desagradable. Esto es un error y te convencerás de ello si me permites darte alguna explicacion sobre las aguas detenidas. Cuando el agua exhala olor de podredumbre no es porque se corrompa, porque el agua no se corrompe nunca: se corrompen las materias animales que tiene en suspension, y sobre todo los millares de animalillos que viven, se multiplican y mueren con una prodigiosa rapidez, y de los cuales contiene miriadas hasta el agua mas pura en apariencia. Coloca en el Acuario algunos peces vivos, los cuales se alimentarán de esos animalillos y de las materias animales y vegetales que hay en suspension en el agua, y de seguro el Acuario no exhalará olor de agua corrompida.

Si no das la preferencia á ninguna clase de peces, ni aun al pez rojo de la China, que es el que frecuentemente puebla los estanques, te aconsejo que adoptes el pequeño, pero hermoso pez llamado por los naturalistas *Epinoche*, muy conocido con el nombre vulgar del Zapatero, por la punta en forma de lesna de que está armado su espinazo. Las costumbres de este pez que podrás estudiar á través de las paredes transparentes del estanque de tu Acuario, son muy curiosas: es el único de todos los peces conocidos, que hace con restos de plantas acuáticas un nido, en que su hembra ponga los huevos, y ambos, despues de abrirse, tienen igualmente cuidado de su joven familia.

Plantas para adornar el Acuario.

Perdona al viejo profesor de historia natural que haya hecho esa pequeña excursion al dominio de la ichtiología; me he separado de la jardineria de salon, pero ya entro en ella mas de lleno. Para adornar las aguas del estanque del Acuario, puedes elegir entre una multitud de plantas graciosas de los géneros *Hidrocharis*, *Pontederia* y otros muchos: solo diré dos palabras sobre las mas dignas de atencion. Seguramente conoces la *Sensitiva* ó *Mimosa púdica*, cuyas hojitas se separan y contraen cuando se las toca; además se conoce una especie acuática, que podrás ver flotar sobre las aguas de tu Acuario,

porque es muy pequeña, y cuyas hojitas, del todo parecidas a las de la Sensitiva terrestre, tienen las mismas propiedades de retracción.

Modo de injertar el arroz.

Si colocas en el fondo del estanque una maceta con buena tierra, habiendo sembrado en ella algunos granos de arroz, pero con corteza, tendrás el placer de verlos crecer y de injertar en rosal las plantas que provengan de ese semillero. Para esto cortarás a bisel uno de los nudos de una caña de arroz que tenga la espiga a medio desarrollo, y después cortarás en sentido inverso el nudo del rosal Phalaris, que te servirá de pié para este injerto, sujetando el uno al otro con una ligadura de hilo de lana muy fina; para mayor seguridad será bueno que coloques además una varita que lo sostenga y le sirva como de rodriçon: haciendo esto, verás que el arroz alimentado por el Phalaris, madura los granos de sus espigas, lo mismo que la parte baja no injertada de la planta.

Hay una pequeña planta vulgar que es el Ranúnculo acuático, muy comun en todos nuestros arroyos, y que si sigues mi consejo, debes colocar al lado de los vegetales más raros. Su especial vegetación es lo que le recomienda. Cuando una semilla cae al fondo del estanque, nace un tallo, que en vez de hojas, tiene elegantes filamentos de un bellissimo verde claro. Luego que ese tallo ha crecido bastante para llegar a la superficie del agua, parece que de repente se cambia en una planta enteramente distinta: los filamentos se convierten en hojas recortadas, flotantes sobre el agua tranquila, y de en medio de ellas nacen tallos de flor que dan Ranúnculos pequeños, sencillos, blancos, con una manchita amarilla en la parte baja de cada pétalo. Aunque vulgar y con carácter europeo, el Ranúnculo acuático llena muy bien su puesto en medio de las más hermosas plantas extranjeras.

Ten muy presente, que yo de ningún modo pretendo que no haya objeciones que hacer al acuario de gabinete. Cuesta muy caro, y ocasiona para su establecimiento, sobre todo, desórdenes que son bastantes para que no se admita en todas partes; pero sin ningún género de duda es una parte de la jardinería de salón, muy recomendable a los apasionados que pueden sobrellevar los gastos y se deciden a soportar los inconvenientes, en cambio de los placeres que les proporciona. Por esta razón solo me impuse la obligación de hacértelo conocer.

SEGUNDA PARTE.

EL JARDIN SOBRE LA VENTANA,

CAPITULO IX.

JARDIN EN EL BALCON.

Exposicion de los balcones.—Balcon al Norte.—Yedra de Irlanda.—Hepáticas.—Digitales.—Mimulus.—Hipericon.—Nemófilas.—Violetas.—Yerba-doncella.—El balcon al Este.—Cobaca, Habichuelas de España.—Volúvilis.—Vasos de flores cogidos.—Disposicion de las flores en el balcon al Este.—Lilas.—Alelics.—Clavellinas.—Pensamientos.—Reseda.—El balcon al Oeste.—Mezcla de Pelargonios y de Crisantemos.—Direccion de los esquejes de Pelargonio: de los de Crisantemos.—Método chino, método de Europa.—El balcon al Mediodia.—Semillero.—Precauciones contra el sol.

Exposicion de los balcones.

El título de esta obrita me imponía la obligación de ocuparme lo primero de todo lo que es posible hacer en la horticultura, sin salir de tu gabinete: yo creo haber demostrado que hay con la jardinería de salón, medio de satisfacer la afición más decidida hacia las plantas de adorno, y pasar muy agradablemente una parte de los ratos de ocio. Esto, sin embargo, no impide el que dediques al mismo tiempo tus cuidados al único jardín posible para la mayor parte de los habitantes de las grandes poblaciones, que es el jardín sobre la ventana.

Ante todo, debes considerar cuál es la exposición de tus ventanas, porque ya no se trata de cultivar plantas que han de vivir en la atmósfera artificial de una pieza habitada, ó de un invernáculo portátil. Las plantas del jardín en la ventana están destinadas a vivir al aire libre, si es que el fluido gaseoso de que pueden disfrutar merece el nombre de aire: casi puede decirse que la mayor parte del tiempo no viven. Criadas en verdaderos jardines y por verdaderos jardineros, compradas cuando están en flor para brillar solo algunos días, se evitan el morir en un medio que no es realmente aire, y donde no se podría exigir que vivieran. Ante todo, para conseguirlo, hay que tener en cuenta si tus ventanas están al Norte, al Este, al Oeste ó al Mediodia, ó si están en puntos intermedios entre estos extremos: esto lo debemos considerar separadamente.

Balcon al Norte.

El balcon completamente al Norte, sobre todo si da a una calle de mediana anchura, y está situado a tan poca altura que no puede librarse de las emanaciones del arroyo de París, se halla bajo el punto de vista de la horticultura, en las peores condiciones. ¿Pero es esto decir que es preciso renunciar del todo a la jardinería? Lejos de esto: solamente la eleccion de las plantas con que puedes adornarlo es muy limitado, porque todas las plantas necesitan más ó menos del contacto directo de los rayos del sol.

Ante todo, debes rodear la balastrada y los largueros de la ventana de una garnición de yedra que te dará un verdor constante. Hay muchas variedades de yedra, pero la mejor es la de Irlanda, por ser de más rápido desarrollo y de un verde menos oscuro que el de la yedra comun. Teniendo cuidado de cortar los renuevos que crezcan demasiado, y de arrancar las hojas que pasen del verde al amarillo, la yedra de Irlanda guarnecerá tu ventana al Norte de un ropaje vegetal siempre verde, sobre el cual destacarán ventajosamente las flores poco numerosas, pero únicas posibles, a tal exposicion. Las hepáticas azules y rosadas, el Muguet, la Digital violada ó blanca, los Mimulus, el Hipericon de grandes flores, y las graciosas Nemófilas, plantas todas que se multiplican a la sombra de los grandes bosques, y que pueden pasar sin sol, serán, por consiguiente, con la Violeta y la yerba Doncella, los principales elementos para la decoracion del jardín de la ventana, en la exposicion al Norte.

Si no miras al desembolso, y estás sobre aviso de lo poco que duran las flores en la exposicion al Norte, puedes poner todas las propias de cada estacion, pero te prevengo que morirán después de haber dado la flor, y muchas veces antes: este es inconveniente de fuerza mayor que no puede evitarse.

Balcon al Este.

En un balcon al Este, si la calle es regularmente ancha, y está a bastante altura para recibir, si no aire muy puro, al menos pasadero, puede practicarse la jardinería en grande escala. La garnición de la ventana, en vez de ser de yedra, puede ser de Cobeá trepadora, planta de elegante follaje, aunque su flor es de poco brillo: además puedes acompañarla de Habichuelas de España y Volúvilis. Estas dos plantas, que no hubieran florecido al Norte, no florecerán tampoco tan perfectamente al Este, como florecerian al Oeste ó Mediodia, pero no dejarán de tomar sus flores una agradable variedad de colorido en sus tintas variadas, en la garnición del balcon al Este.

(Se continuará.)

CRÓNICA ESTRANJERA.

Parece imposible que después de las noticias comunicadas por la telegrafía eléctrica, piense todavía la diplomacia impedir el derramamiento de sangre y los males consiguientes a una guerra

que acaso pueda hacerse general y afflictiva para todos los países. La indole de este periódico nos obliga a comunicar a nuestros lectores algunos acontecimientos, no tan recientes como los que nos ocupan más adelante, pero que llegados su noticia con posterioridad al último número de la LECTURA, no era posible darlos a conocer hasta el presente.

Todo lo que hasta aquí eran meras conjeturas, todo lo que no salía del círculo de las probabilidades, ha venido ya en parte a realizarse: las tropas austriacas han invadido el Piamonte: en número de 120,000 hombres, al mando del general en jefe, conde Giulay. El paso del Tessino se ha verificado por tres cuerpos de ejército. El primero, de 60,000 hombres, bajo las órdenes del general Benedeck; el segundo, de 30,000, a las órdenes del mismo Giulay, y el tercero, de otros 30,000, a las de Jockel. Ya no queda, pues, duda alguna en que el Austria ha desestimado la contestacion que haya dado el gobierno sardo.

Estas noticias, como puede conocerse, son sumamente graves, y todas las que se han recibido durante la anterior semana llevan igual carácter. Sin embargo, Prusia continúa sus esfuerzos para impedir que se prolonguen las hostilidades, y la Gran Bretaña cree aun lograr que los acontecimientos no lleguen más adelante en el sentido de guerra. Se da por segura la conclusion de una alianza entre Rusia y el imperio francés, y de otra celebrada entre este imperio y Dinamarca.

Los despachos telegráficos siguen siendo, sin embargo, muy contradictorios. La misma entrada de los austriacos en el Piamonte se refiere de distintas maneras, y se indican días y horas distintas para señalar el momento en que este serio paso ha tenido lugar recientemente. En lo que no cabe duda, es en la concentracion de fuerzas piamontesas, que han dejado las fronteras libres al ejército austriaco, y en el envío de refuerzos hecho por la Francia al Piamonte. En Turin y en Génova han entrado algunos miles de franceses que se embarcan en Tolon con el mayor entusiasmo. Las tropas que salen continuamente de París, son acompañadas por multitud de ciudadanos que entonan el canto de los Girondinos: *Mourir pour la patrie!* y dan vivas al emperador Napoleón III y la Italia. A su paso por las poblaciones, son también victoreadas. La reaccion de la opinion pública en Francia continúa por ahora en favor de la guerra y de las medidas que Napoleón acaba de tomar. El empréstito últimamente pedido por este emperador, se ha visto cubierto en dos horas, si creemos lo que ha dicho un despacho telegráfico. El hombre de las seguridades de orden y tranquilidad europea, el que ha repetido cien y cien veces: *El imperio es la paz*, no se ha mostrado vacitante ni indiferente cuando ha creído que el Austria veía la paz en la guerra. Si así conviniese, la Francia entera correrá a auxiliar al Piamonte. ¿Podrá el Austria salir airoso de su actual situacion?

El general Baraguay d'Hilliers está destinado para mandar una expedicion al Adriático. El Consejo de ministros celebrado en París no há muchos días, acordó elevar a 140,000, en vez de 100,000, el cupo de hombres llamado a las armas, y pedir autorizacion para contratar un empréstito de 500 millones de francos. Hasta de Argel se llaman tropas para lo que se supone va a ser teatro de la guerra en el verano próximo. Entre Luneville, Strasburgo y Nancy, han sido concentrados numerosos regimientos de caballería. No se sabe aun si una fuerte division francesa atravesará los Alpes, obrando en combinacion con las divisiones que se destinan al Adriático, ni si llegada a empeñarse la guerra de un modo tenaz y decidido, exigirán las potencias enemigas la cooperacion de las que por ahora piensan permanecer neutrales. Esta cooperacion deberá ser, si puede decirse así, también neutral, en cuyo caso probablemente la ciudad pontificia será ocupada por una division de unos 30,000 hombres, con el único fin de ponerla a cubierto de las eventualidades de la guerra y sin tomar la menor parte en las hostilidades.

Se creen infundados los rumores que han circulado sobre la conveniencia de trasladar la silla

pontificia á Jerusalem. Tampoco puede presumirse que las islas Baleares sirvan para recibir durante la guerra a Pío IX y toda la corte romana, como se ha indicado.

En Paris, durante la ausencia del emperador, queda al frente de los negocios una regencia, compuesta de la emperatriz y el príncipe Gerónimo. Según dice un periódico, los edecanes del emperador Napoleón III, son: el teniente coronel de artillería Favé, el jefe de escuadrón de estado mayor Schamitz, el capitán de artillería Bradi, los de igual clase de infantería Emilio Pascher de la Pagerie, príncipe de la Tour d'Auvergne, Lauraguais y príncipe Joaquín Murat, teniente de caballería. El nombramiento del duque de Malakoff para comandante en jefe del ejército de observación, ha llamado la atención entre los militares. Al anunciarle Napoleón III su nombramiento, le escribió estas palabras: «Mariscal, os doy el mas hermoso mando, el que puede decidir de los destinos de la Francia.» El contra-almirante, conde Bonet-Willauvez, debe tomar el mando en jefe de dos divisiones de cañoneras. El número de cartuchos fabricados en Francia en estos últimos meses, casi es fabuloso: ¡solo en el departamento de Bayona pasan de 200,000!

El rey Víctor Manuel, la *esperanza de la libertad*, como le llaman los italianos, se ha puesto al frente de su ejército, acompañándole el príncipe real, su hijo, que apenas cuenta quince años. Ya hace días que las tropas sardas reciben paga de campaña, y que están divididas en cinco cuerpos de ejército. El rey tiene el mando supremo: el general La Marmora manda el ala derecha y el general Sonnaz, la izquierda. El movimiento de tropas y el refuerzo de las fortalezas no para un momento.

En medio de tan diversas noticias se ha recibido también la de haber estallado una insurrección en Toscana. El gran Duque ha abandonado la capital, constituyéndose un gobierno provisional afecto con el mayor entusiasmo por la guerra.

El manifiesto del emperador Napoleón III, dado recientemente, es muy importante. Dice así:

«Franceses: El Austria, al hacer penetrar su ejército en el territorio de nuestro aliado el rey de Cerdeña, nos declara la guerra, violando de ese modo los tratados, la justicia, y amenazando nuestras fronteras. Todas las grandes potencias han protestado contra semejante agresión.

«Habiendo el Piemonte aceptado las condiciones que debían asegurar la paz, ¿cuál puede ser el motivo de esta repentina invasión? Es que el Austria ha llevado las cosas á tal extremo, que necesita dominar hasta los Alpes, ó que la Italia se halle resguardada hasta el Adriático, pues en aquel país cualquier porción de territorio que se mantenga independiente, es un peligro para su poder.

«Hasta aquí la moderación ha sido la norma de mi conducta; hoy la energía es mi primer deber. Armese la Francia y diga resueltamente á la Europa: «No aspiro á conquistas, pero quiero conservar sin debilidad mi política nacional y tradicional; cumplo los tratados á condicion de que nadie los rompa contra mí; respeto el territorio y los derechos de las potencias neutrales; pero declaro abiertamente mi simpatía hacia un pueblo cuya historia se confunde con la mía, y que gime bajo la opresión extranjera.»

«La Francia ha mostrado su odio á la anarquía, y ha querido darme un poder bastante fuerte para reducir á la impotencia á los promovedores de trastornos y á los hombres incorregibles de los antiguos partidos que incensantemente transigen con nuestros enemigos; pero no por eso ha abdicado su misión civilizadora.

«Nuestros aliados naturales han sido siempre los que desean el progreso de la humanidad, y al desenvainar la Francia su espada, no es para dominar, sino para libertar.

«El fin de esta guerra es por lo tanto dar vida propia á la Italia, y no el de hacerle cambiar de dueño; así tendremos en nuestras fronteras un pueblo amigo que nos será deudor de su independencia.

«No vamos á Italia á fomentar desórdenes ni á menoscabar el poder del Santo Padre, á quien hemos repuesto sobre su trono, sino á sustraerle á la pre-ion extranjera que pesa sobre toda la Península; á contribuir á establecer el orden sobre intereses legítimos satisfechos. Vamos, en fin, á esa tierra clásica, ilustrada por tantas victorias, á seguir las huellas de nuestros padres. ¡Quiera el cielo que nos mostremos dignos de ellos!

«Muy pronto iré á ponerme al frente del ejército. Dejo en Francia á la emperatriz y á mi hijo: auxiliada aquella por la experiencia y por las luces del último hermano del emperador, sabrá mantenerse siempre á la altura de su misión.

«Los confío al valor del ejército que permanece en Francia, así para velar sobre nuestras fronteras, como para proteger el hogar doméstico; los confío al patriotismo de la guardia nacional; los confío, en fin, al pueblo todo, que les manifestará el mismo amor y la misma adhesión de que cada día recibo tantas pruebas.

«Valor y unión; nuestro país va á mostrar una vez mas al mundo que no ha degenerado.

«La Providencia bendicirá nuestros esfuerzos, porque es santa á los ojos de Dios la causa que se apoya en la justicia, en la humanidad, en el amor de la patria y en el de la independencia.»

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Por real decreto inserto, en la *Gaceta* del 23 de abril, S. M. la reina ha dispuesto que el príncipe ó princesa que diese á luz su hermana la infanta doña María Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier, goce las prerogativas de infante de España.

—Se ha publicado, sancionada por S. M., la ley votada en Cortes sobre el ensanche y mejora del puerto de Barcelona.

—De real orden se ha aprobado la instrucción para llevar á efecto los ajustes y liquidaciones de los cuerpos del ejército desde 1.º de abril de 1859.

—La *Gaceta* del día 26 de abril publicó, sancionada por S. M., la ley fijando las fuerzas navales para el servicio general del Estado en el corriente año de 1859.

—Dice la *Gaceta* del día 28 de abril:

«En la mañana de ayer 27 se alteró ligeramente el orden en Lugo, á causa de la excesiva afluencia de contribuyentes de las parroquias rurales y de las tumultuosas reclamaciones que algunos hicieron al enterarse del repartimiento de la contribución.

«La calma se restableció sin dificultad; pero habiéndose reproducido el desorden hoy 28, hasta punto de invadir los revoltosos la oficina de evaluaciones, romper los repartimientos y presentar resistencia á la fuerza pública, hiriendo á dos guardias civiles; las autoridades se vieron en la necesidad de hacer uso de las armas, logrando destruir la sedición con el escaso número de soldados de que podían disponer, no sin que resultasen, por desgracia, cuatro paisanos muertos y cinco heridos.

«La tranquilidad se halla completamente asegurada; los tribunales están juzgando á los delincuentes, y muy en breve caerá sobre ellos todo el rigor de la ley. Sabiendo el gobierno que las autoridades han declarado la provincia en estado excepcional, ha dado órdenes terminantes para que este solo se conserve el tiempo que aquellas lo consideren de absoluta necesidad, y en su consecuencia se ha limitado al distrito municipal de Lugo.»

—En la sesión del Congreso del día 28 fué aprobado el presupuesto de gastos é ingresos.

—En la sesión del Senado del día 27 fué aprobado el proyecto de ley relativo á la quinta de 25,000 hombres, por 114 bolas blancas contra 2 negras.

—Desde el 9 al 15 del pasado circularon por el ferro-carril del Mediterráneo 11,654 viaje-

ros. La explotación general produjo 811,426 rs. 92 cént. La de igual periodo del año anterior fué de 666,161 rs. 37 cént., de suerte que la primera da un aumento de 14—98 por 100 por kilómetro.

—El lunes 25 de abril se verificó, en el local de la Bolsa de Madrid, la solemne inauguración de la Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas.

—Dice un periódico que definitivamente la nueva catedral de Madrid se situará delante del Buen Retiro, en la parte que hoy ocupan el cuartel de artillería volante y los jardines del palacio de San Juan. El frente de la catedral dará al salón del Prado, desde donde se subirá al templo por una soberbia escalinata.

—El martes tuvo lugar la gran revista de las tropas de la guarnición. SS. MM. recorrieron toda la línea, desde la fuente del Cisne hasta el canal. El príncipe de Asturias se ha presentado vestido de soldado del regimiento del Rey. Un pueblo inmenso, que presenciaba la revista, ha unido sus aclamaciones á las de los soldados.

—Parece que en las viñas de algunos pueblos inmediatos á Madrid, se ha desarrollado una nueva plaga de oruga que se come la yema de los pámpanos é inutiliza el fruto de las cepas, y se está trabajando para destruir este insecto antes de que pueda causar males de consideración.

—El día 30 tuvo lugar la función inaugural del Liceo.

—Se ha fijado el 11 de mayo para usar el sombrero hongo. Para ese día podrán hallarse en las sombrererías de Madrid hongos que ofrezcan toda la variedad de forma, color y precio que pueda desear el público.

JUAN DEL CORREO.

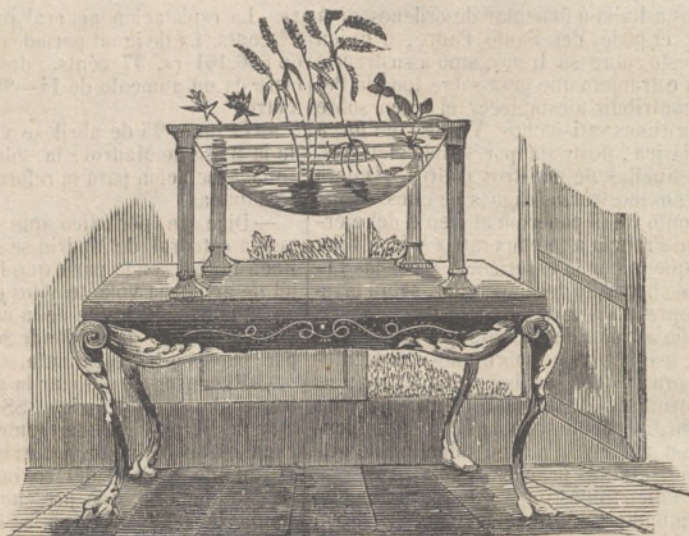
REVISTA DE TEATROS.

Hoy tenemos que dar cuenta á nuestros lectores de cuatro nuevas producciones puestas en escena en los teatros de la capital desde nuestra última revista. En el coliseo de Jovellanos, que fué el que abrió la marcha, se han estrenado dos zarzuelas: la primera en dos actos, traducida del francés, y ejecutada con la música del original, tiene por título *El Sordo*, y fué muy mal recibida, á pesar de que ofrecía como garantía de buen éxito el ser ya conocido del público su argumento, por haberla representado antes de ahora el inolvidable Guzmán, y ser una de sus mejores creaciones. Caltañazor hizo esfuerzos inauditos por salvarla del naufragio, sin haberlo podido conseguir.

La segunda es un juguete titulado *Frasquito*: su argumento está tomado del vaudeville en un acto *Edgard et sa bonne*, vaudeville que hace años tradujo el Sr. Valladares y Saavedra con el título de *Andese V. con bromas*. Resulta, pues, que ninguno de los dos libretos es nuevo, y que en cuanto á mérito literario, ambos corren parejas. Sin embargo, la música de este último, escrita por el Sr. Caballero, no carece de originalidad, y el público aplaudió algunas de sus piezas, que merecieron los honores de la repetición. En el desempeño de *Frasquito* se distinguieron la Srta. Zamacois y Galban, habiendo sido llamados á la escena el Sr. Caballero y el traductor del libreto, que lo es el Sr. Vega (hijo).

En el teatro del Príncipe se ha estrenado el drama histórico, en verso, en tres actos y un epílogo, titulado *La Senda de espinas*. Su autor, el Sr. D. Antonio Ferrer del Río, académico de la Historia, actual censor de teatros y uno de los escritores mas concienzudos y eruditos, se ha dado á conocer en él como autor dramático.

El argumento de este drama está tomado de la historia de D. Pedro el Cruel, y su objeto principal es el de retratar la persona de su primer favorito el Duque de Alburquerque. Los personajes están rigurosamente detallados y ajustados á la historia, como no podía menos de suceder, tratándose de un escritor tan autorizado como el Sr. Ferrer del Río. Esto no obstante, el drama en con-



Acuario de gabinete.

junto es lánguido, á lo que contribuye en mucha parte el epílogo, que á nuestro entender está de mas. La versificación es fluida y armoniosa, y abunda en elevados pensamientos.

El éxito de esta obra, aunque bastante lisonjero para su apreciable autor, bajo el punto de vista literario, no fué muy espontáneo ni general, gracias á la oficiosidad de algunos amigos imprudentes, que en su exagerado celo no ven el perjuicio que causan al autor, llegando á veces al extremo de colocarle en una posición bastante falsa. El acto primero y parte del segundo del drama que nos ocupa, fué escuchado en silencio; pero en una escena en que el autor pone en boca de María de Padilla unas sentidas quintillas (que la Sra. Valentini dijo por cierto admirablemente), fué llamado aquel al proscenio; interrumpióse la representación, y se le arrojó una corona: si esto hubiera acaecido la segunda noche, no lo hubiésemos estrañado; pero en la noche del estreno, semejante ovación suponía que la corona iba preparada, lo cual, volvemos á repetir, hizo mas daño que favor al autor del drama, puesto que el público imparcial para nada intervino en este éxito ficticio. Las sucesivas representaciones de la indicada obra han venido á demostrar la verdad de este aserto.

En cuanto á la ejecución, ya hemos dicho que la Sra. Valentini estuvo bien, sobre todo en una escena del acto segundo, cuyos versos dijo admirablemente, conquistándose un aplauso al final de cada quintilla. El Sr. Valero estuvo fuera del cuadro durante casi toda la representación, y solo interpretó bien su papel en la escena de la muerte. El Sr. Ossorio, á pesar de que luchaba con un papel en extremo desairado, supo sacar de él todo el partido posible. La Sra. Palma tenía un papel poco interesante. Los demas actores bien, en lo general. Seríamos injustos si no hiciésemos tambien especial mención del Sr. Mario, que desempeñó el papel que tuvo á su cargo con gran precisión y conciencia.

En el teatro del Circo se ha puesto en escena, á beneficio de la Sra. Gutierrez, el drama nuevo en tres actos y en prosa, original del Sr. Ortiz de Pinedo, titulado *Soberbia y humildad*.

Su éxito no ha pasado de mediano, y en su ejecución se han distinguido el Sr. Arjona, que hizo un epiléptico con una propiedad admirable,

y las Sras. Lamadrid y Gutierrez. La concurrencia, aunque no muy numerosa, aplaudió varias veces durante la representación del drama.

En el teatro francés se ha representado la farsa en tres actos *Les Saltimbanques*, la cual ha sido muy aplaudida por la infinidad de *calembourgs* de que está salpicada. En su desempeño se esmeraron todos los artistas, distinguiéndose Mlle. Perrenot, que bailó con mucha gracia un paso español, Mme. Lemesle, y MM. James y Donatien.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Louis XVI et sa cour, par Amédée RENÉE.—*Deuxième édition*, revue et enrichie de nouveaux documents.—Paris, Firmin Didot, 1838.

Conocido es en Francia y en el extranjero el autor de *Les Nieces de Mazarin* y de *Mme. de Moutmorency*. La obra suya que hoy recomendamos al público, ha merecido ya los honores de nuevas ediciones y ocupa un lugar dignísimo en todos los gabinetes de las personas cultas. Lo mismo en el *boudoir* de las damas aristócratas que en los estudios de los hombres políticos; lo mismo para lectura de las personas que desean instruirse que para las que solo buscan en los libros emociones dramáticas y conocimientos anecdóticos, la historia de Luis XVI y de su corte puede ofrecer mas que situaciones interesantes: ofrece útil aleccionamiento. En la vida de los pueblos como en la de las familias sobrevienen acontecimientos que dejan memorables recuerdos. Sabido es de todos el cambio que produjo la revolucion francesa. Mr. Renée nos hace apreciar con pinceladas vivas y brillantes el estado de una corte que debía presenciar la muerte de sus monarcas; nos declara las intrigas palaciegas; nos refiere las virtudes y los defectos, la educación, las creencias y debilidades de altos personajes lo mismo que de la sociedad en que vivian, completando un cuadro en donde el lector halla no pocos de los antecedentes del gran drama en que figuraron en primer término Luis XVI y la reina Maria Antonieta. Los sucesos esteriore, esto es, los acontecimientos



Injerto del Naranja á la Pontoise.

políticos de otras naciones se ven enlazados á veces con los de la nacion francesa en la obra de Mr. Renée, y así el doble aspecto histórico que le presta su erudicion y su pluma verídica, aumenta en gran manera el interés del libro.

JANER.

Histoire de Marie Antoinette, par Edmond et Jules de Goncourt.—*Deuxième édition*—Paris, Firmin Didot, 1839.

Un volumen de mas de 470 páginas, elegantemente impreso por los célebres editores parisienses, Didot, encierra cuantas noticias pudiesen apetecerse sobre la educación, la juventud, las virtudes, los desaciertos, las desgracias y lamentable fin de Maria Antonieta, reina de Francia. Los autores dividen la obra en tres libros. El primero abraza los sucesos desde 1755 á 1774, describiendo el estado de la política europea, el nacimiento y la educación de Maria Antonieta, sus bodas con el Delfin de Francia, sus costumbres, sus amistades, su popularidad, las intrigas de que fué victima y los primeros rencores que contra sus inesperecias se originaron en las Tullerías. El libro segundo, desde 1774, con la muerte de Luis XV, encierra todo lo mas notable ocurrido en lo interior del palacio de los monarcas franceses hasta la apertura de los estados generales. El libro tercero comienza por describir la situación de la reina en 1789, al inaugurarse la revolucion, y termina con su muerte en 1793, sin olvidar el mas mínimo detalle de los sucesos todos que precedieron á ella, comprobados con documentos y escritos contemporáneos. El éxito que ha tenido este libro, no es dudoso, habiéndose agotado ya dos numerosas ediciones. Bien es verdad que los autores, Edmundo y Julio de Goncourt son muy conocidos por trabajos históricos anteriores sobre la misma época, acerca de la sociedad francesa, y que su última obra es una ardentísima apologia y defensa de la viuda de Luis XVI, que ha llamado sobremanera la atención de Europa.

JANER.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
—editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *Preciosa*, por J. T. de Saint-Germain, pág. 305.—*El Angel malo*, por Juan de la Cruz Berrio, pág. 310.—*Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 313.—*Seccion religiosa*, pág. 314.—*Seccion científica*, pag. 315.—*El Jardinero de los salones*, por Isabeau, pág. 316.—*Crónica estranjera*, pág. 318.—*Crónica española*, pág. 319.—*Revista de teatros*, pag. 319.—*Bibliografía estranjera*, pag. 320.

Advertencia importante.—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.